

Leopoldo Alas
(Clarín)

LA REGENTA

edición crítica
Maite Zubiaurre y Eilene Powell

 - STOCKCERO - 

Foreword, bibliography & notes © Maite Zubiaurre y Eilene Powell
of this edition © Stockcero 2012
1st. Stockcero edition: 2012

ISBN: 978-1-934768-57-0

Library of Congress Control Number: 2012952208

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

Introducción

ANA DESNUDA: EROS, ESPACIO SEXUADO Y PARENTESCO LITERARIO EN <i>La Regenta</i> DE CLARÍN	VII
BIBLIOGRAFÍA	XLV

LA REGENTA

PRÓLOGO DE B. PÉREZ GALDÓS.....	I
---------------------------------	---

TOMO I

- I -	11
- II -	39
- III -	55
- IV -	71
- V -	89
- VI -	115
- VII -	131
- VIII -	149
- IX -	173
- X -	193
- XI -	207
- XII -	231
- XIII -	265
- XIV -	295
- XV -	309

TOMO II

- XVI -	331
- XVII -	361
- XVIII -	379
- XIX -	397

- XX -	417
- XXI -	445
- XXII -	473
- XXIII -	499
- XXIV -	513
- XXV -	527
- XXVI -	543
- XXVII -	565
- XXVIII -	591
- XXIX -	613
- XXX -	643

INTRODUCCIÓN

ANA DESNUDA: EROS, ESPACIO SEXUADO Y PARENTESCO LITERARIO EN
La Regenta DE CLARÍN

MAITE ZUBIAURRE, UCLA
A Gonzalo Sobejano

En los casi ciento treinta años transcurridos desde que el gran escritor realista Leopoldo Alas, alias «Clarín» (1852-1901) publicara su obra maestra, *La Regenta* (1884-1885), sólo dos ediciones, de las muchas existentes en el mercado (alrededor de veinte), han corrido a cargo de estudiosas: la primera, la publicada recientemente por la editorial Siruela (2012), con prólogo de la escritora y novelista Soledad Puértolas; y la segunda, la nuestra (Stockcero 2013, edición de Maite Zubiaurre y Eilene Powell). El propósito general, pues, de esta edición crítica firmada por mujeres es contribuir a la interpretación feminista de la gran novela de Clarín, ensayada ya con éxito en los ensayos y los libros de autoras como Biruté Ciplijauskaitė (1984), Lou Charnon-Deutsch («Voyeurism...» 1989; «*La Regenta...*» 1989; 1994; 2008), Jo Labanyi (1986; 1991; 1999; 2000), Carolyn Richmond (1988), Stephanie Sieburth (1990), Allison Sinclair (1992; 1998) y Noel Valis (1981; 2000; 2002). Dentro de ese propósito general, el objetivo más específico de la presente introducción es proyectar nueva luz sobre tres temas que inciden con fuerza sobre la identidad de Ana Ozores, la protagonista de *La Regenta*, y a los que la crítica no ha prestado la suficiente atención, a saber: El fuerte erotismo de *La Regenta* y su protagonista como la verdadera fuerza motriz de la gran novela clariniana; la naturaleza sexuada del espacio en *La Regenta* y de esos paisajes-aura que contribuyen a definir la identidad de los personajes principales, Ana Ozores y Fermín de Pas, y a fijarla en la memoria de los lectores; y, por fin, el parentesco que une a la novela de Clarín —no con *Madame Bovary* (1856), de Gustave Flaubert, o con *La conquête de Plassans* (1874) y *La faute de l'Abbé Mouret* (1875) de Emile Zola, vínculos a los que han recurrido tradicionalmente los estudios literarios— sino con *El cura. Caso de incesto* (1885), del «naturalista radical» Eduardo López Bago (1853-1931), reeditada recientemente por la editorial Stockcero (2013). Creemos que la lectura contrastada de estas dos novelas ofrece, por primera vez, una visión más completa de la idiosincrasia sexual de Ana Ozores, y, por extensión, de la forma en que, durante la segunda mitad del siglo XIX y durante el auge del Realismo y del Naturalismo, se entendía (y construía cultural y literariamente) la identidad femenina en la Península Ibérica.

No sorprenderá, pues, si decimos que esta edición crítica pone todo el énfasis en la protagonista de la novela de Clarín. Una protagonista, como señala Labanyi, «whose bouts of hysterical illness [reveal] the void in the center of her being, for she only exists as an unstable signifier ‘woman,’ whose meaning is different for different people, and can never coincide with any inner sense of self, ever lacking» (1999: 91). Por de pronto, hay que decir, que esa «identidad-huero», esa «identidad-cajón de sastre» en la que, literalmente, todos (personajes, lectores, narrador) meten mano y a la que todos añaden cosas y las revuelven, comienza con tener que competir con Vetusta (en realidad, Oviedo) como protagonista principal y colectivo. Moraima de Semprún Donahue lo dice muy claramente en el primer párrafo a su artículo, «La doble seducción de *La Regenta*»: «Ana Ozores [es] la segunda protagonista de *La Regenta*, y digo ‘segunda’ porque Vetusta es la primera» (258). Puede sostenerse que esa «alteración del orden» (que con frecuencia coloca a Vetusta, e incluso a don Fermín de Pas, el Magistral, por delante de la Regenta) se inicia ya con el prólogo que Benito Pérez Galdós escribe a la segunda edición de la gran novela de Leopoldo Alas. En ese prólogo, la prioridad la tienen primero Vetusta y luego el Magistral, a quien Pérez Galdós presenta como «la figura culminante» (6) de la obra de Clarín, y del que dice que es «personalidad grande y compleja, tan humana por el lado de sus méritos físicos, como por el de sus flaquezas morales, que no son flojas, bloque arrancado de la realidad» (6).¹ Cuando, por fin, le llega el turno a Ana Ozores (antes que a ella, Pérez Galdós ha mencionado ya a una larga retahíla de personajes secundarios, como son Arcediano, Cayetano Ripamilán, D. Custodio, el Obispo de la diócesis, Saturnino Bermúdez y, por fin, Obdulia Fandiño, «diabla» y «tipo feliz de la beatería bullanguera»-6), la Regenta es descrita someramente como «dama de alto linaje, hermosa, de estas que llamamos distinguidas, nerviosilla, soñadora, con aspiraciones a un vago ideal afectivo, que no ha realizado en los años críticos» (7).²

1 Pérez Galdós ofrece la siguiente descripción de Vetusta y de la relación estrecha que Clarín mantiene con Vetusta/Oviedo: «Desarrollase la acción de *La Regenta* en la ciudad que bien podríamos llamar patria de su autor, aunque no nació en ella, pues en Vetusta tiene Clarín sus raíces atávicas, y en Vetusta moran todos sus afectos [...]. Más que ciudad, para [Clarín] es Vetusta una casa con calles, y el vecindario de la capital asturiana una grande y pintoresca familia de clases diferentes, de variados tipos sociales compuesta. ¡Si conocerá bien el pueblo! No pintaría mejor su prisión un artista encarcelado durante los años en que las impresiones son más vivas, ni un sedentario la estancia en que ha encerrado su persona y sus ideas en los años maduros. Calles y personas, rincones de la catedral y del casino, ambiente de pasiones o chismes, figuras graves o ridículas, pasan de la realidad a las manos del arte, y con exactitud pasmosa se reproducen en la mente del lector, que acaba por creerse vetustense, y ve proyectada su sombra sobre las piedras musgosas, entre las sombras de los transeúntes que andan por la Encimada o al pie de la gallardísima torre de la iglesia mayor» (5-6).

2 Casi siglo y medio después, Puértolas, en su reciente prólogo a *La Regenta* (2012), sólo habla de Ana Ozores después de haber mencionado primero a Vetusta y luego al Magistral. Su mención a Ana Ozores es breve. Y, al igual que Pérez Galdós, el primer prologuista de *La Regenta*, se refiere primero a la protagonista clariniana en el contexto de la patología: «La idea de enfermedad, aplicada a Ana Ozores, y expresada por Frígilis al final, muy cerca del fatal desenlace, ha sido recurrente a lo largo de toda la novela» (8).

Y, sin embargo, Ana, como quiere ayudar a enfatizar esta introducción, no es, simplemente, una enferma —la «medicalización de la mujer», como señala Víctor Fuentes (16), estaba a la orden del día durante la segunda mitad del siglo XIX: sirva, como prueba fehaciente y literaria *El cura. Caso de Incesto*, la novela de Eduardo López Bago que vamos a analizar en la tercera parte de este ensayo—, ni debe su personalidad reducirse a un diminutivo paternalista.³ A la «Ana nerviosilla», pues, de Pérez Galdós y de la crítica literaria que sigue su camino, oponemos la «Ana desnuda» de este estudio. Desnuda de atribuciones falsas y falsos encasillamientos, pero también gozosamente desprovista de ropa: hay en *La Regenta* un importante caudal de sensualidad pagana y desenfadada —no todo es archi-católico, no todo es pecar contra el sexto, no todo es sed de espiritualidad en la novela de Clarín— del que también se beneficia su protagonista. Y del que la crítica feminista —en su versión menos puritana— tiene que hacerse eco por necesidad.⁴ Ya en 1981,

Más adelante, Puértolas resalta de Ana Ozores su «ardoroso misticismo» (9). Finalmente, señala la escritora que Clarín, en la escena final de la novela, no «mata» a Ana Ozores, sino que «la deja viva» (9). Loca, mística, y viva: la caracterización que de la Regenta ofrece Puértolas no añade nada nuevo a lo señalado frecuentemente por la crítica.

3 Sinclair, en su artículo «The Consuming Passion: Appetite and Hunger in *La Regenta*» (1992), hace una mención imprescindible a esa hambre «gastronómica» (y a menudo sinónima del hambre sexual) tan frecuente en las páginas de *La Regenta*, y uno de los aspectos más notorios de esa sensualidad que permea la novela toda de Clarín. Es importante notar también que el ensayo de Sinclair de alguna forma vuelve a «medicalizar» a Ana Ozores, al identificar en su comportamiento alimenticio síntomas patológicos que la hacen (yo creo que con razón) susceptible a la anorexia nerviosa. Una enfermedad que tanto la medicina como Sinclair, en el caso de Ana, leen como un esfuerzo liberador (y, por tanto, relativamente «sano»), que quiere romper con las ataduras sociales que constriñen sobre todo a las mujeres: «I have already briefly alluded to the possibility that what goes on in Ana could be likened to what happens in someone who suffers from anorexia nervosa. [...] Recent work on the disorder [...] has led to the view that it is [...] a stratagem, and an expression of a struggle for autonomy and the establishment of an identity free from the control of others. In this context, consumption of food is correlated by the anorexic with the acceptance of a regime, or of control by others, and thus the refusal to accept food is a desperate statement of independence and one which can prove to be mortal. Ana does not go so far, but if we look at the pattern of her crises, she does seem to be grappling with problems of identity and control, and this is in the context of her vacillation between eating poorly, and eating with a spirit of compliance or obedience (characteristically all prime issues for the anorexic). Only rarely does Ana relate to food with straightforward appetite and enthusiasm, and this correlates with the rarity of her equilibrium in sexual and emotional matters» (252).

4 Kathy Bacon, en el capítulo, «'Será como todas': The Unsustainability of Spiritual Distinction in *La Regenta*» (2007), señala precisamente cómo el grueso de la crítica se ha ocupado de la ESPIRITUALIDAD y la RELIGIÓN como temas fundamentales de la novela de Clarín (Dendle). Sobre todo, apunta Bacon, «discussion of the religious themes of the novel usually centers on the protagonist, Ana Ozores. It is frequently asserted that she is a false mystic [Valis 1981], her apparently spiritual experiences being too closely associated with illness and/or sensuality to be considered genuine. Since very early reviews of the novel, a connection has been made between Anna's 'MYSTICISM' and [...] HYSTERIA [...]; Labanyi [for example] has explored the overlapping significance in the novel of mysticism and hysteria as representations of female identity. [...] Both Sobejano and Sieburth have pointed out the important relation between Ana [Ozores] and the figure of TERESA DE AVILA, which is established not only by Ana's identification with, and imitation of, Teresa, but also by the parallels between the two of them which exist independently of Ana's conscious imitation of the saint. James Mandrell argues that Teresa and her autobiographical *Vida* represent the appeal of a 'feminine,' non-phallic

Obdulia piensa que la piel de tigre es «un capricho caro y extravagante» (I: 57), algo, ¿con posible «*cachet*»? (I: 57) que en todo caso no se encuentra en Vetusta⁶. De esta forma, el tigre –ejemplar exclusivo y exótico– queda asimilado a Ana, igualmente foránea al ambiente de Vetusta, radicalmente distinta a los demás y, como el tigre, especie única que habita parajes desprovistos de artificio. Nótese que la alcoba de la Regenta destaca por su sobriedad y desnudez: «Aparte del orden [observa Obdulia], parece el cuarto de un estudiante. Ni un objeto de arte. Ni un mal *bibelo*; nada de lo que piden el *confort* y el buen gusto» (I: 57).

Ana salvaje y exótica, como los tigres, Ana inadaptada, Ana libre de las constricciones del buen gusto y, por tanto, de las ataduras sociales. Pero la piel de tigre no sólo denota exotismo, ni sólo le rinde pleitesía a la libertad. Una vez extendida sobre el piso de una alcoba femenina, inmediatamente abraza otros significados, más extendidos –también más constreñidores– y más importantes. La piel de tigre, cuando entra en contacto con la epidermis femenina, automáticamente se transforma en manido cliché erótico, y así, y no de otra manera, lo entiende Clarín. En la descripción que sigue, pareciera que

6 Importa aquí resaltar la naturaleza extranjera y «exótica» de la piel de tigre, ya que el propio Clarín se esfuerza, a lo largo de toda la novela, en poner énfasis en ello. Obdulia, por ejemplo, le dice a Alvaro Mesía: «Pero, ¡ay, Alvarín! ¡si [...] pudieras ver [a la Regenta] en su cuarto, sobre todo cuando le da un ataque de esos que la hacen retorcerse!... ¡Cómo salta sobre la cama! Parece otra... Entonces, no sé por qué, me explico yo el capricho de la piel de tigre que dicen que le regaló un inglés americano» (I.168). Y más adelante, la novela ofrece una explicación más extensa, que aclara, al menos en parte, el «misterio» del «inglés americano»: «En aquel momento vio a todos los vetustenses felices a su modo, entregados unos al vicio, otros a cualquier manía, pero todos satisfechos. Sólo ella estaba allí como en un destierro. «Pero ¡ay! era una desterrada que no tenía patria a donde volver, ni por la cual suspirar. Había vivido en Granada, en Zaragoza, en Granada otra vez, y en Valladolid; don Víctor siempre con ella; ¿qué había dejado ni a orillas del Ebro, el río del Trovador, ni a orillas de la Genil y el Darro? Nada; a lo más, algún conato de aventura ridícula. Se acordó del inglés que tenía un carmen junto a la Alhambra, el que se enamoró de ella y le regaló la piel del tigre cazado en la India por sus criados. Había sabido más adelante que aquel hombre, que en una carta –que ella rasgó– la juraba ahorcarse de un árbol histórico de los jardines del Generalife ‘junto a las fuentes de eterna poesía y voluptuosa frescura’, aquel pobre Mr. Brooke se había casado con una gitana del Albaicín. Buen provecho; pero de todas maneras era una aventura estúpida. La piel del tigre la conservaba, por el tigre, no por el inglés». Esta historia no la sabía bien Obdulia; creía que se trataba de un norte-americano; se lo había dicho Visitación...» (I.195). No es casualidad que el exotismo, teñido de sexualidad, venga de tierras andaluzas, ni que estas, en la figura de Mr. Brooke el inglés, se asimilen a la cultura anglosajona y protestante. Como señalo en otras páginas (2012), para la sensibilidad española de la época, el sexo (teñido de connotaciones negativas) siempre viene de fuera. Y «fuera», para una España fuertemente castillocéntrica, es no solamente el resto de Europa, sino esas regiones de la Península Ibérica «contaminadas» por la sensualidad árabe, a saber, sobre todo Andalucía y la franja levantina. Clarín, pues, con esa piel de tigre que es regalo de un admirador inglés de la Regenta, un inglés, a la vez estrambótico y «típico», que caza tigres en la India, que vive en un carmen junto a la Alhambra y acaba casándose con una gitana del Albaicín, le rinde pleitesía a un «sexotismo» fuertemente enquistado en la cultura peninsular. El sexo viene de fuera y es malo; la sensualidad es una herencia mora (ergo, andaluza), y el libertinaje sexual, algo que nos llega del norte de Europa: esta convicción, que casi adquiere la fuerza de un dogma, permea el imaginario cultural de los españoles, no solamente durante el fin de siglo, sino bien entrado el siglo XX. El autor de *La Regenta*, desde luego, con su fabuloso y sexótico relato tejido alrededor de una piel de tigre, un galán inglés-americano, y un decorado andaluz, demuestra sobradamente que cumlga con ese estereotipo.

BIBLIOGRAFÍA

- Agudiez, Juan Ventura. «La sensibilidad decadentista de Barbey d'Aurevilly y algunos temas de *La Regenta*». *Revista de Occidente* 99 (1971): 355-365.
- Amann, Elizabeth. «'La forma es fondo:' The Politics of Camp in *La Regenta*». *Journal of Spanish Cultural Studies* 5/1 (2004): 11-23.
- Bacon, Kathy. *Negotiating Sainthood. Distinction, Cursilería and Saintliness in Spanish Novels*. Leeds: Legenda, 2007.
- Bernaldo de Quirós Mateo, José Antonio. *José Zahonero en el contexto del Naturalismo español*. www.ucm.es/info/especulo/numero22/zahero.html.
- Beser, Sergio. «Espacio y objetos en *La Regenta*». *La Regenta de Leopoldo Alas*. Edición de Frank Durand. Madrid: Taurus, 1988.
- Bobes Naves, María del Carmen. *Teoría general de la novela. Semiología de La Regenta*. Madrid: Gredos, 1985.
- Charnon-Deutsch, Lou. «Voyeurism, Pornography and *La Regenta*». *Modern Language Studies* 19/4 (1989): 93-101.
- _____. «*La Regenta* and Theories of the Subject». *Romance Languages Annual* 1 (1989): 395-398.
- _____. «*La Regenta* and the Sutured Subject». *Revista de Estudios Hispánicos* 28/1 (1994): 65-78.
- _____. «Between Agency and Determination: A Critical Review of Clarín Studies». *Hispanic Review* 76/2 (2008): 135-153.
- Ciplijauskaitė, Biruté. *La mujer insatisfecha. El adulterio en la novela realista*. Barcelona: Edhasa, 1984.
- Dendle, Brian J. *The Spanish Novel of Religious Thesis, 1876-1939*. Princeton: Princeton UP, 1968.
- Etxebarria, Lucía & Sonia Núñez Puente. *En brazos de la mujer fetiche*. Barcelona: Destino, 2002.
- Fernández, Pura. *Eduardo López Bago y el Naturalismo Radical: La novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Amsterdam: Rodopi, 1995.
- Flores, Eugenio Antonio. *La histérica*. Madrid: Administración Juan Muñoz Sánchez, 1885.

- Fuentes, Víctor. «Estudio preliminar a *La Regenta*». *La Regenta*, de Leopoldo Alas, «Clarín». Madrid: Akal, 1999.
- Gullón, Germán. «Visión y lectura en *La Regenta*». *La Regenta de Leopoldo Alas*. Edición de Frank Durand. Madrid: Gredos, 1988.
- Jaffe, Catherine. «In Her Father's Library: Women's Reading in *La Regenta*». *Revista de Estudios Hispánicos* 39/1 (2005): 3-25.
- Labanyi, Jo. «City, Country, and Adultery in *La Regenta*». *Bulletin of Hispanic Studies* 63/1 (1986): 53-66.
- _____. «Mysticism and Hysteria in *La Regenta*: The Problem of Female Identity». *Feminist Readings on Spanish and Latin-American Literature*. Edited by L.P. Condé and S. M. Hart. Lampeter, Dyfed, Wales: The Edwin Mellen Press, 1991.
- _____. «Galateas in Revolt: Women and Self-Making in the Late Nineteenth-Century Spanish Novel». *Woman: A Cultural Review*. 10/1 Spring (1999): 87-96.
- _____. *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel*. Oxford: Oxford UP, 2000.
- López Bago, Eduardo. *El cura. Caso de incesto. (Novela médico-social)*. Edición de Juan Ignacio Ferreras. Madrid: Ediciones Vosa, 1996.
- Mandrell, James. «Malevolent Insemination: Don Juan Tenorio in *La Regenta*». «*Malevolent Insemination*» and *Other Essays on Clarín*. Edited by Noel Valis. Ann Arbor: Department of Romance Languages (University of Michigan), 1990 (1-28).
- Mathews, Cristina. «Making the Nuclear Family: Kinship, Homosexuality, and *La Regenta*». *Revista de Estudios Hispánicos* 37/1 (2003): 75-102.
- Montero, Rosa. «Las páginas tediosas de *La montaña mágica* (*La montaña mágica*, de Thomas Mann).» En: *El amor de mi vida*. Madrid: Santillana, 2012.
- _____. «Con la piel encendida. *La Regenta*, de Leopoldo Alas, 'Clarín'.» En: *El amor de mi vida*. Madrid: Santillana, 2012.
- Oleza, Juan. «*La Regenta* y el mundo del joven Clarín». *La Regenta de Leopoldo Alas*. Edición de Frank Durand. Madrid: Taurus, 1988.
- Pérez Galdós, Benito. «Prólogo a *La Regenta*». *La Regenta*, de Leopoldo Alas (Clarín). Buenos Aires: Emecé Editores, 1946.
- Puente, Sonia. «De la carne a la estatua: Fetichismo y representación en *La Regenta*». *Verba Hispánica* 8 (1999): 141-146.
- Resina, Joan Ramon. «Ana Ozores's Nerves». *Hispanic Review* 71/2 (2003): 229-252.
- Richmond, Carolyn. «En torno al vacío: la mujer, idea hecha carne de ficción en *La Regenta*». *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*. Yvan Lissorgues. Barcelona: Anthropos, 1988: 342-367.

- Sánchez, Elizabeth. «La dinámica del espacio en *La Regenta* de Clarín». *La Regenta de Leopoldo Alas*. Edición de Frank Durand. Madrid: Taurus, 1988.
- Schyfter, Sara E. «'La loca, la tonta, la literata': Woman's Destiny in Clarín's *La Regenta*». *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism*. Edited by Mora, Gabriela & Karen S. Van Hooft. Ypsilanti, MI: Bilingual. (229-241)
- Semprún Donahue, Moraima de. «La doble seducción de *La Regenta*». *La Regenta de Leopoldo Alas*. Edición de Frank Durand. Madrid: Taurus, 1988.
- Sieburth, Stephanie A. *Reading La Regenta. Duplicitous Discourse and the Entropy of Structure*. Philadelphia: John Benjamins Publishing Company (Purdue University Monographs), 1990.
- Sinclair, Alison. «The Consuming Passion: Appetite and Hunger in *La Regenta*». *Bulletin of Hispanic Studies* 69/3 (1992): 245-261.
- _____. *Dislocations of Desire. Gender, Identity, and Strategy in La Regenta*. Chapel Hill: North Carolina Studies in the Romance Languages & Literatures, 1998.
- Sobejano, Gonzalo. «Introducción biográfica y crítica a *La Regenta*». *La Regenta, de Leopoldo Alas, «Clarín*». Madrid: Editorial Castalia, 1981.
- Tomisch, María Giovanna. «Histeria y narración en *La Regenta*». *Anales de Literatura Española* 5 (1986-1987): 495-517.
- Tsuchiya, Akiko. «Talk, Small and Not so Small: The Power of Gossip in Clarín's *La Regenta*». *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 31/3 (2007): 391-412.
- Turner, Harriet. «Vetusta: espacio-fuerza en *La Regenta*». *Clarín y su obra en el centenario de «La Regenta»*. Edición de Antonio Vilanova. Barcelona: Facultad de Filología; Universidad de Barcelona; Promociones Publicaciones Universitarias, 1985.
- Urey, Diane. «Writing Ana in Clarín's *La Regenta*». «*Malevolent Insemination» and Other Essays on Clarín*. Edited by Noel Valis. Ann Arbor: Department of Romance Languages (University of Michigan), 1990 (29-45).
- Valis, Noel. *The Decadent Vision in Leopoldo Alas. A Study of La Regenta and Su único hijo*. Baton Rouge and London: Louisiana UP, 1981.
- _____. «Hysteria and Historical Context in *La Regenta*». *Revista Hispánica Moderna* 53/2 (2000): 325-351.
- _____. *Leopoldo Alas (Clarín)*. London: Tamesis; Rochester: Boydell & Brewer, 2002.
- Vilanova, Antonio. *Nueva lectura de «La Regenta» de Clarín*. Madrid: Anagrama, 2001.

- Walczak, Grazyna. «Aspiraciones y apariencias: La cursilería en *La Regenta* como instrumento de crítica social». *Hispanic Journal* 32/2 (2011): 55-66.
- Wood, Gareth. «The Illustrated *La Regenta*: An Inexplicable Neglect and a Debate that Never Happened». *Bulletin of Hispanic Studies* 87/7 (2010): 773-799.
- Zamora Juárez, Andrés. *El doble silencio del eunuco. Poéticas sexuales de la novela realista según Clarín*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1998.
- Zubiaurre, Maite. *Cultures of the Erotic in Spain, 1898-1939*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2012.
- . *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Para las definiciones y explicaciones de términos, nombres y expresiones incluidas en las notas de pie de página, hemos recurrido al *Diccionario de la Real Academia*, al *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner, y a la edición crítica de *La Regenta* realizada por Gonzalo Sobejano y publicada por la Editorial Castalia (1981).

LAS EDITORAS

LA
REGENTA

PRÓLOGO

Creo que fue Wieland¹ quien dijo *que los pensamientos de los hombres valen más que sus acciones, y las buenas novelas más que el género humano*. Podrá esto no ser verdad; pero es hermoso y consolador. Ciertamente, parece que nos ennoblecemos trasladándonos de este mundo al otro, de la realidad en que somos tan malos a la ficción en que valemos más que aquí, y véase por qué, cuando un cristiano el hábito de pasar fácilmente a mejor vida, inventando personas y tejiendo sucesos a imagen de los de por acá, le cuesta no poco trabajo volver a este mundo. También digo que si grata es la tarea de fabricar género humano recreándonos en ver cuánto superan las ideales figurillas, por toscas que sean, a las vivas figuronas que a nuestro lado bullen, el regocijo es más intenso cuando visitamos los talleres ajenos, pues el andar siempre en los propios trae un desasosiego que amengua los placeres de lo que llamaremos creación, por no tener mejor nombre que darle.

Esto que digo de visitar talleres ajenos no significa precisamente una labor crítica, que si así fuera yo aborrecía tales visitas en vez de amarlas; es recrearse en las obras ajenas sabiendo cómo se hacen o cómo se intenta su ejecución; es buscar y sorprender las dificultades vencidas, los aciertos fáciles o alcanzados con poderoso esfuerzo; es buscar y satisfacer uno de los pocos placeres que hay en la vida, la admiración, a más de placer, necesidad imperiosa en toda profesión u oficio, pues el admirar entendiendo que es la respiración del arte, y el que no admira corre el peligro de morir de asfixia.

El estado presente de nuestra cultura, incierto y un tanto enfermizo, con desalientos y suspicacias de enfermo de aprensión, nos impone la crítica afirmativa, consistente en hablar de lo creemos bueno, guardándonos el juicio desfavorable de los errores, desaciertos y tonterías. Se ha ejercido tanto la crítica negativa en todos los órdenes, que por ella quizás hemos llegado a la insana costumbre de creernos un pueblo de estériles, absolutamente inepto para todo. Tanta crítica pesimista, tan porfiado regateo, y en muchos casos negación de las cualidades de nuestros contemporáneos, nos han traído a un estado de temblor y ansiedad continuos; nadie se atreve a dar un paso, por miedo de caerse. Pensamos demasiado en nuestra debilidad y acabamos por

1 *Wieland*: Christoph Martin Wieland, (1733 – 1813), poeta y escritor alemán.

padecerla; creemos que se nos va la cabeza, que nos duele el corazón y que se nos vicia la sangre, y de tanto decirlo y pensarlo nos vemos agobiados de crueles sufrimientos. Para convencernos de que son ilusorios, no sería malo suspender la crítica negativa, dedicándonos todos, aunque ello parezca extraño, a infundir ánimos al enfermo, diciéndole: «Tu debilidad no es más que pereza, y tu anemia proviene del sedentarismo. Levántate y anda, tu naturaleza es fuerte: el miedo la engaña, sugiriéndole la desconfianza de sí misma, la idea errónea de que para nada sirves ya, y de que vives muriendo». Conveniría, pues, que los censores disciplentes se callarán por algún tiempo, dejando que alzasen la voz los que repartan el oxígeno, la alegría, la admiración, los que alientan todo esfuerzo útil, toda iniciativa fecunda, toda idea feliz, todo acierto artístico, o de cualquier orden que sea.

Estas apreciaciones de carácter general, sugeridas por una situación especialísima de la raza española, las aplico a las cosas literarias, pues en este terreno estamos más necesitados que en otro alguno de prevenirnos contra la terrible epidemia. Por mi parte, declaro que muchas veces no he cogido el aparato de aereación (a que impropriamente hemos venido dando el nombre de *incensario*) por tener las manos aferradas al telar con mayor esclavitud de la que yo quisiera. Pero a la primera ocasión de descanso, que felizmente coincide con una dichosa oportunidad, la publicación de este libro, salgo con mis alabanzas, gozoso de dárselas a un autor y a una obra que siempre fueron de los más señalados en mis preferencias. Así, cuando el editor de *La Regenta* me propuso escribir este prólogo, no esperé a que me lo dijera dos veces, creyéndome muy honrado con tal encomienda, pues no habiendo celebrado en letras de molde la primera salida de una novela que hondamente me cautivó, creía y creo deber mío celebrarla y enaltecerla como se merece, en esta tercera salida, a la que seguirán otras, sin duda, que la lleven a los extremos de la popularidad.

Hermoso es que las obras literarias vivan, que el gusto de leerlas, la estimación de sus cualidades, y aun las controversias ocasionadas por su asunto, no se concreten a los días más o menos largos de su aparición. Por desgracia nuestra, para que la obra poética o narrativa alcance una longevidad siquiera decorosa no basta que en sí tenga condiciones de salud y robustez; se necesita que a su buena complexión se una la perseverancia de autores o editores para no dejarla languidecer en obscuro rincón; que estos la saquen, la ventilen, la presenten, arriesgándose a luchar en cada nueva salida con la indiferencia de un público, no tan malo por escaso como por distraído. El público responde siempre, y cuando se le sale al encuentro con la paciencia y tranquilidad necesarias para esperar a las muchedumbres, estas llegan, pasan y recogen lo que se les da. No serían tan penosos los plantones *aguardando el paso del público*, si la Prensa diera calor y verdadera vitalidad circulante a las cosas literarias, en vez de limitarse a conceder a las obras un aprecio compasivo, y a prodigar sin ton ni son a los autores adjetivos de estampilla. Sin duda corresponde al pre-

sente estado social y político la culpa de que nuestra Prensa sea como es, y de que no pueda ser de otro modo mientras nuevos tiempos y estados mejores no le infundan la devoción del Arte. Debemos, pues, resignarnos al plantón, sentarnos todos en la parte del camino que nos parezca menos incómoda, para esperar a que pase la Prensa, despertadora de las muchedumbres en materias de arte; que al fin ella pasará; no dudemos que pasará: todo es cuestión de paciencia. En los tiempos que corren, esa preciosa virtud hace falta para muchas cosas de la vida artística; sin ella la obra literaria corre peligro de no nacer, o de arrastrar vida miserable después de un penoso nacimiento. Seamos pues pacientes, sufridos, tenaces en la esperanza, benévolos con nuestro tiempo y con la sociedad en que vivimos, persuadidos de que uno y otra no son tan malos como vulgarmente se cree y se dice, y de que no mejorarán por virtud de nuestras declamaciones, sino por inesperados impulsos que nazcan de su propio seno. Y como esto del público y sus perezas o estímulos, aunque pertinente al asunto de este prólogo, no es la principal materia de él, basta con lo dicho, y entremos en *La Regenta*, donde hay mucho que admirar, encanto de la imaginación por una parte, por otra recreo del pensamiento.

Escribió Alas su obra en tiempos no lejanos, cuando andábamos en aquella procesión del *Naturalismo*,² marchando hacia el templo del arte con menos pompa retórica de la que antes se usaba, abandonadas las vestiduras caballerescas, y haciendo gala de la ropa usada en los actos comunes de la vida. A muchos imponía miedo el tal Naturalismo, creyéndolo portador de todas las fealdades sociales y humanas; en su mano veían un gran plumero con el cual se proponía limpiar el techo de ideales, que a los ojos de él eran como telarañas, y una escoba, con la cual había de barrer del suelo las virtudes, los sentimientos puros y el lenguaje decente. Creían que el Naturalismo substituía el Diccionario usual por otro formado con la recopilación prolija de cuanto dicen en sus momentos de furor los carreteros³ y verduleras,⁴ los chulos⁵ y golfos⁶ más desvergonzados. Las personas crédulas y sencillas no ganan para sustos en los días en que se hizo moda hablar de aquel sistema, como de una rara novedad y de

2 *Naturalismo*: Movimiento artístico y sobre todo literario de la segunda mitad del siglo XIX que creía firmemente en el poder documental y realista del arte y de la literatura. Su máximo creador, el novelista francés Émile Zola, aplicó a los personajes de sus novelas los principios de la herencia y de la influencia del medio ambiente, en boga en esos años en los medios científicos. En España, el Naturalismo «a la francesa» no fue bien recibido, puesto que chocaba frontalmente con los supuestos de la Iglesia Católica y su fe en la divina providencia. Además, existía la hipótesis, defendida por Pérez Galdós en este prólogo a *La Regenta*, de que el Realismo y el Naturalismo, fueron, antes que franceses, españoles, y que fue la tradición española, representada magistralmente en obras como *Don Quijote* y *El Lazarillo de Tormes*, la que, trasladada más allá de los Pirineos, influyó en la literatura europea. Cuando el Naturalismo, pues, «regresa» a España desde Francia, los españoles lo reconocen como suyo, aunque hable con acento extranjero: echan de menos, como señala Pérez Galdós, el humor, rasgo señero, según él, del Realismo y Naturalismo nacionales, y «quizás la forma más genial de nuestra raza».

3 *Carretero*: Persona que habla o se comporta con escasa educación o blasfema con facilidad.

4 *Verduler*a: Mujer descarada y ordinaria.

5 *Chulo*: Persona que actúa o habla de forma desafiante o con insolencia y cierta gracia; jactancioso.

6 *Golfo*: Pillo, sinvergüenza, holgazán.

un peligro para el arte. Luego se vio que no era peligro ni sistema, ni siquiera novedad, pues todo lo esencial del Naturalismo lo teníamos en casa desde tiempos remotos, y antiguos y modernos conocían ya la soberana ley de ajustar las ficciones del arte a la realidad de la naturaleza y del alma, representando cosas y personas, caracteres y lugares como Dios los ha hecho. Era tan sólo novedad la exaltación del principio, y un cierto desprecio de los resortes imaginativos y de la psicología espaciada y ensoñadora.

Fuera de esto el llamado Naturalismo nos era familiar a los españoles en el reino de la Novela, pues los maestros de este arte lo practicaron con toda la libertad del mundo, y de ellos tomaron enseñanza los noveladores ingleses y franceses. Nuestros contemporáneos ciertamente no lo habían olvidado cuando vieron traspasar la frontera el estandarte naturalista, que no significaba más que la repatriación de una vieja idea; en los días mismos de esta repatriación tan trompeteada, la pintura fiel de la vida era practicada en España por Pereda⁷ y otros, y lo había sido antes por los escritores de costumbres. Pero fuerza es reconocer del Naturalismo que acá volvía como una corriente circular parecida al *gulf stream*, traía más calor y menos delicadeza y gracia. El nuestro, la corriente inicial, encarnaba la realidad en el cuerpo y rostro de un humorismo que era quizás la forma más genial de nuestra raza. Al volver a casa la onda, venía radicalmente desfigurada: en el paso por Albión⁸ habíale arrebatado la socarronería española, que fácilmente convirtieron en *humour* inglés las manos hábiles de Fielding,⁹ Dickens¹⁰ y Thackeray,¹¹ y despojado de aquella característica elemental, el naturalismo cambió de fisonomía en manos francesas: lo que perdió en gracia y donosura, lo ganó en fuerza analítica y en extensión, aplicándose a estados psicológicos que no encajan fácilmente en la forma picaresca. Recibimos, pues, con mermas y adiciones (y no nos asustemos del símil comercial) la mercancía que habíamos exportado, y casi desconocíamos la sangre nuestra y el aliento del alma española que aquel ser literario conservaba después de las alteraciones ocasionadas por sus viajes. En resumidas cuentas: Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; aceptámosla nosotros restaurando el Naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando este en las formas narrativa y descriptiva conforme a la tradición cervantesca.

Cierto que nuestro esfuerzo para integrar el sistema no podía tener en Francia el eco que aquí tuvo la interpretación seca y descarnada de las purezas e impurezas del natural, porque Francia poderosa impone su ley en

7 *Pereda*: José María de Pereda, (1833-1906), novelista español considerado uno de los principales autores del Realismo español.

8 *Albión*: Gran Bretaña.

9 *Fielding*: Henry Fielding, (1707-1754), novelista y dramaturgo inglés conocido por sus escritos humorísticos y satíricos.

10 *Dickens*: Charles Dickens, (1812-1870), famoso escritor del Realismo inglés. Autor de novelas como *Oliver Twist* y *David Copperfield*.

11 *Thackeray*: William Makepeace Thackeray, (1811-1863), novelista inglés del Realismo, reconocido por sus escritos satíricos.

todas las artes; nosotros no somos nada en el mundo, y las voces que aquí damos, por mucho que quieran elevarse, no salen de la estrechez de esta pobre casa. Pero al fin, consolémonos de nuestro aislamiento en el rincón occidental, reconociendo en familia que nuestro arte de la naturalidad con su feliz concierto entre lo serio y lo cómico responde mejor que el francés a la verdad humana; que las crudezas descriptivas pierden toda repugnancia bajo la máscara burlesca empleada por Quevedo,¹² y que los profundos estudios psicológicos pueden llegar a la mayor perfección con los granos de sal española que escritores como D. Juan Valera¹³ saben poner hasta en las más hondas disertaciones sobre cosa mística y ascética.

Para corroborar lo dicho, ningún ejemplo mejor que *La Regenta*, muestra feliz del Naturalismo restaurado, reintegrado en la calidad y ser de su origen, empresa para *Clarín* muy fácil y que hubo de realizar sin sentirlo, dejándose llevar de los impulsos primordiales de su grande ingenio. Influido intensamente por la irresistible fuerza de opinión literaria en favor de la sinceridad narrativa y descriptiva, admitió estas ideas con entusiasmo y las expuso disueltas en la inagotable vena de su graciosa picardía. Picaresca¹⁴ es en cierto modo *La Regenta*, lo que no excluye de ella la seriedad, en el fondo y en la forma, ni la descripción acertada de los más graves estados del alma humana. Y al propio tiempo, ¡qué feliz aleación de las bromas y las veras, fundidas juntas en el crisol de una lengua que no tiene semejante en la expresión equívoca ni en la gravedad socarrona! Hermosa es la verdad siempre; pero en el arte seduce y enamora más cuando entre sus distintas vestiduras poéticas escoge y usa con desenfado la de la gracia, que es sin duda la que mejor cortan españolas tijeras, la que tiene por riquísima tela nuestra lengua incomparable, y por costura y acomodamiento la prosa de los maestros del siglo de oro. Y de la enormísima cantidad de sal que *Clarín* ha derramado en las páginas de *La Regenta* da fe la tenacidad con que a ellas se agarran los lectores, sin cansancio en el largo camino desde el primero al último capítulo. De mí sé decir que pocas obras he leído en que el interés profundo, la verdad de los caracteres y la viveza del lenguaje me hayan hecho olvidar tanto como en esta las dimensiones, terminando la lectura con el desconsuelo de no tener por delante otra derivación de los mismos sucesos y nueva salida o reencarnación de los propios personajes.

Desarróllase la acción de *La Regenta* en la ciudad que bien podríamos llamar patria de su autor, aunque no nació en ella, pues en *Vetusta*¹⁵ tiene *Clarín* sus raíces atávicas y en *Vetusta* moran todos sus afectos, así los que están se-

12 *Quevedo*: Francisco de Quevedo, (1580-1645), escritor español del Siglo de Oro conocido por su obra poética y sus obras satíricas.

13 *D. Juan Valera*: Juan Valera, (1824-1905), escritor español del Realismo y autor de la novela *Pepita Jiménez*.

14 *Picaresca*: Se dice de las producciones literarias en que se pinta la vida de los pícaros, o sea, tipos de personas astutas, procedentes de los bajos fondos y que viven de engaños y acciones semejantes. Son los protagonistas de las novelas picarescas y aparecen en otros textos de la literatura española.

15 *Vetusta*: Se trata, en realidad, de la ciudad de Oviedo, capital de Asturias.

pultados como los que risueños y alegres viven, brindando esperanzas; en *Vetusta* ha transcurrido la mayor parte de su existencia; allí se inició su vocación literaria; en aquella soledad melancólica y apacible aprendió lo mucho que sabe en cosas literarias y filosóficas: allí estuvieron sus maestros, allí están sus discípulos. Más que ciudad, es para él *Vetusta* una casa con calles, y el vecindario de la capital asturiana una grande y pintoresca familia de clases diferentes, de varios tipos sociales compuesta. ¡Si conocerá bien el pueblo! No pintaría mejor su prisión un artista encarcelado durante los años en que las impresiones son más vivas, ni un sedentario la estancia en que ha encerrado su persona y sus ideas en los años maduros. Calles y personas, rincones de la Catedral y del Casino,¹⁶ ambiente de pasiones o chismes, figuras graves o ridículas pasan de la realidad a las manos del arte, y con exactitud pasmosa se reproducen en la mente del lector, que acaba por creerse vetustense, y ve proyectada su sombra sobre las piedras musgosas, entre las sombras de los transeúntes que andan por la *Encimada*, o al pie de la gallardísima torre de la Iglesia Mayor.

Comienza *Clarín* su obra con un cuadro de vida clerical, prodigio de verdad y gracia, sólo comparable a otro cuadro de vida de casino provinciano que más adelante se encuentra. Olor eclesiástico de viejos recintos sahumados por el incienso, cuchicheos de beatas,¹⁷ visos negros de sotanas¹⁸ raídas o elegantes, que de todo hay allí, llenan estas admirables páginas, en las cuales el narrador hace gala de una observación profunda y de los atrevimientos más felices. En medio del grupo presenta *Clarín* la figura culminante de su obra: el Magistral¹⁹ don Fermín de Pas, personalidad grande y compleja, tan humana por el lado de sus méritos físicos, como por el de sus flaquezas²⁰ morales, que no son flojas, bloque arrancado de la realidad. De la misma cantera proceden el derrengado y malicioso Arcediano, a quien por mal nombre llaman *Glocester*, el Arcipreste don Cayetano Ripamilán, el beneficiado D. Custodio, y el propio Obispo de la diócesis, orador ardiente y asceta. Pronto vemos aparecer la donosa figura de D. Saturnino Bermúdez, al modo de transición zoológica (con perdón) entre el reino clerical y el laico, ser híbrido, cuya levita²¹ parece sotana, y cuya timidez embarazosa parece inocencia: tras él vienen las mundanas, descollando entre ellas la estampa primorosa de Obdulia Fandiño, tipo feliz de la beatería bullanguera²², que acude a las iglesias con chillonas elegancias, descotada hasta en sus devociones, perturbadora del personal religioso. La vida de provincias, ofreciendo al coquetismo un campo muy restringido, permite que estas dia-

16 *Casino*: Sociedad de hombres que se juntan en una casa, aderezada a sus expensas, para conversar, leer, jugar y otros esparcimientos, y en la que se entra mediante presentación y pago de una cuota de ingreso y otra mensual. Esos clubes exclusivamente masculinos existían en todas las ciudades, principales y de provincias, en la España del siglo XIX.

17 *Beata*: Persona muy devota que frecuenta mucho las iglesias.

18 *Sotana*: Vestidura talar, abrochada a veces de arriba abajo, que usan los eclesiásticos y los legos que sirven en las funciones de iglesia.

19 *Magistral*: En algunas catedrales, dignidad del sacerdote encargado de predicar.

20 *Flaqueza*: Defecto moral, acción defectuosa cometida por debilidad, especialmente de la carne.

21 *Levita*: Vestidura masculina de etiqueta, más larga y amplia que el frac, y cuyos faldones llegan a cruzarse por delante.

22 «*Beatería bullanguera*»: Acción de afectada virtud realizada con mucha ostentación.

blesas entretengan su liviandad y desplieguen sus dotes de seducción en el terreno eclesiástico, toleradas por el clero, que a toda costa quiere atraer gente, venga de donde viniere, y congregarla y nutrir bien los batallones, aunque sea forzoso admitir en ellos para hacer bulto *lo peor de cada casa*.

Por fin vemos a doña Ana Ozores, que da nombre a la novela, como esposa del ex-regente de la Audiencia²³ D. Víctor Quintanar. Es dama de alto linaje, hermosa, de estas que llamamos distinguidas, nerviosilla, soñadora, con aspiraciones a un vago ideal afectivo, que no ha realizado en los años críticos. Su esposo le dobla la edad: no tienen hijos, y con esto se completa la pintura, en la cual pone *Clarín* todo su arte, su observación más perspicaz y su conocimiento de los escondrijos y revueltas del alma humana. Doña Ana Ozores tiene horror al vacío, cosa muy lógica, pues en cada ser se cumplen las eternas leyes de Naturaleza, y este vacío que siente crecer en su alma la lleva a un estado espiritual de inmenso peligro, manifestándose en ella una lucha tenebrosa con los obstáculos que le ofrecen los hechos sociales, consumados ya, abrumadores como una ley fatal. Engañada por la idealidad mística que no acierta a encerrar en sus verdaderos términos, es víctima al fin de su propia imaginación, de su sensibilidad no contenida, y se ve envuelta en horrorosa catástrofe... Pero no intentaré describir en pocas palabras la sutil psicología de esta señora, tan interesante como desgraciada. En ella se personifican los desvaríos a que conduce el aburrimiento de la vida en una sociedad que no ha sabido vigorizar el espíritu de la mujer por medio de una educación fuerte, y la deja entregada a la ensoñación pietista,²⁴ tan diferente de la verdadera piedad, y a los riesgos del frívolo trato elegante, en el cual los hombres, llenos de vicios, e incapaces de la vida seria y eficaz, estiman en las mujeres el formulismo religioso como un medio seguro de reblandecer sus voluntades... Los que leyeron *La Regenta* cuando se publicó,²⁵ léanla de nuevo ahora; los que la desconocen, hagan con ella conocimiento, y unos y otros verán que nunca ha tenido este libro atmósfera de oportunidad como la que al presente le da nuestro estado social, repetición de las luchas de antaño, traídas del campo de las creencias vigorosas al de las conciencias desmayadas y de las intenciones escondidas.

No referiré el asunto de la obra capital de Leopoldo Alas: el lector verá cómo se desarrolla el proceso psicológico y por qué caminos corre a su desenlace el problema de doña Ana de Ozores, el cual no es otro que discernir si debe perderse por lo clerical o por lo laico. El modo y estilo de esta perdición constituyen la obra, de un sutil parentesco simbólico con la historia de nuestra raza. Verá también el lector que *Clarín*, obligado en el asunto a escoger entre dos males, se decide por el mal seglar,²⁶ que siempre es menos odioso que el

23 (Ex)-Regente de la Audiencia: En la organización judicial española que subsistió hasta fines del siglo XIX, el presidente de una audiencia territorial. Audiencia: Tribunal de justicia colegiado y que entiende en los pleitos o en las causas de determinado territorio.

24 Ensoñación pietista: Hace referencia al pietismo, movimiento religioso protestante iniciado en Alemania en el siglo XVII, principalmente por Philipp Jakob Spener, como reación evangélica, de carácter intimista e introspectivo, contra el intelectualismo y el formalismo dominantes en las Iglesias luterana y calvinista.

25 *La Regenta* se publicó por la primera vez en 1884. Este prólogo pertenece a la segunda edición publicada en 1901.

mal eclesiástico, pues tratándose de dar la presa a uno de los dos diablos que se la disputan, natural es que sea postergado el que se vistió de sotana para sus audaces tentaciones, ultrajando con su vestimenta el sacro dogma y la dignidad sacerdotal. Dejando, pues, el asunto a la curiosidad y al interés de los lectores, sólo mencionaré los caracteres, que son el principal mérito de la obra, y lo que le da condición de duradera. La de Ozores nos lleva como por la mano a D. Álvaro de Mesía, acabado tipo de la corrupción que llamamos de buen tono, aristócrata de raza, que sabe serlo en la capital de una región histórica, como lo sería en Madrid o en cualquier metrópoli europea; hombre que posee el arte de hacer amable su conducta viciosa y aun su tiranía caciquil.²⁷ ¡Con que admirable fineza de observación ha fundido Alas en este personaje las dos naturalezas: el cotorrón²⁸ guapo de buena ropa y el jefe provinciano de uno de estos partidos circunstanciales que representan la vida presente, el poder fácil, sin ningún ideal ni miras elevadas! Ambas naturalezas se compenetran, formando la aleación más eficaz y práctica para grandes masas de *distinguidos*, que aparentan energía social y sólo son *materia inerte* que no sirve para nada.

De D. Álvaro, fácil es pasar a la gran figura del Magistral D. Fermín de Pas, de una complexión estética formidable, pues en ella se sintetizan el poder fisiológico de un temperamento nacido para las pasiones y la dura armazón del celibato, que entre planchas de acero comprime cuerpo y alma. D. Fermín es fuerte, y al mismo tiempo meloso; la teología que atesora en su espíritu acaba por resolverse en reservas mundanas y en transacciones con la realidad física y social. Si no fuera un abuso el descubrir y revelar simbolismos en toda obra de arte, diría que Fermín de Pas es más que un clérigo, es el estado eclesiástico con sus grandezas y sus desfallecimientos, el oro de la espiritualidad inmaculada cayendo entre las impurezas del barro de nuestro origen. Todas las divinidades formadas de tejas abajo acaban siempre por rendirse a la ley de la flaqueza, y lo único que a todos nos salva es la humildad de aspiraciones, el arte de poner límites discretos al camino de la imposible perfección, contentándonos con ser hombres en el menor grado posible de maldad, y dando por cerrado para siempre el ciclo de los santos. En medio de sus errores, Fermín de Pas despierta simpatía, como todo atleta a quien se ve luchando por sostener sobre sus espaldas un mundo de exorbitante y abrumadora pesadumbre. Hermosa es la pintura que Alas nos presenta de la juventud de su personaje, la tremenda lucha del coloso por la posición social, elegida erradamente en el terreno levítico,²⁹ y con él hace gallarda pareja la vigorosa figura de su madre, modelada en arcilla grosera, con formas impresas a puñetazos. Las páginas en que esta mujer medio salvaje dirige a su cría por el camino de la posición con un cariño tan rudo como intenso y una voluntad feroz, son de las más bellas de la obra.

Completan el admirable cuadro de la humanidad vetustense el D. Víctor

26 *Seglar*: Que no es religioso, eclesiástico o monacal.

27 *Caciquil*: Perteneiente o relativo al cacique (persona que ejerce excesiva influencia) de un pueblo o comarca.

28 *Cotorrón*: Se aplica a las personas viejas a las que les gusta pasar por jóvenes y frecuentan todavía diversiones.

29 *Levítico*: Aficionado a la iglesia.

Quintanar, cumplido caballero con vislumbres calderonianas,³⁰ y su compañero de empresas cinegéticas³¹ el graciosísimo *Frígilis*; los marqueses de Vegallana y su hijo, tipos de encantadora verdad; las pizpiretas señoras que componen el femenino rebaño eclesiástico; los canónigos y sacristanes y el prelado mismo, apóstol ingenuo y orador fogoso. No debemos olvidar a Carraspique ni a Barinaga, ni al graciosísimo ateo, ni a la turbamulta de figuras secundarias que dan la total impresión de la vida colectiva, heterogénea, con picantes matices y espléndida variedad de acentos y fisonomías. Bien quisiera no concretar el presente artículo al examen de *La Regenta*, extendiéndome a expresar lo que siento sobre la obra entera de Leopoldo Alas; pero esto sería trabajo superior a mis cortas facultades de crítico, y además rebasaría la medida que se me impone para esta limitada prefación. Escribo tan sólo un juicio formado en los días de la primera salida de la hermosa novela, y lo que intenté decir entonces, tributando al compañero y amigo el debido homenaje, lo digo ahora, seguro de que en esta manifestación tardía el tiempo avalora y aquilata mi sinceridad. Pero no entraré en el estudio integral del carácter literario de *Clarín*, como creador de obras tan bellas en distintos órdenes del arte y como infatigable luchador en el terreno crítico. Su obra es grande y rica, y el que esto escribe no acertaría a encerrarla en una clara síntesis, por mucho empeño que en ello pusiera. Otros lo harán con el método y serenidad convenientes cuando llegue la ocasión de ofrecer al ilustre hijo de Asturias la consagración solemne, oficial en cierto modo, de su extraordinario ingenio, consagración que cuanto más tardía será más justa y necesaria. Como un Armando Palacio,³² está la literatura oficial en apremiante deuda con Leopoldo Alas. Esperando la reparación, toda España y las regiones de América que son nuestras por la lengua y la literatura, le tienen por personalidad de inmenso relieve y valía en el grupo final del siglo que se fue y de este que ahora empezamos, grupo de hombres de estudio, de hombres de paciencia y de hombres de inspiración, por el cual tiende nuestra raza a sacudir su pesimismo, diciendo: «No son los tiempos tan malos ni el terruño tan estéril como afirman los de fuera y más aún los de dentro de casa. Quizás no demos todo el fruto conveniente; pero flores ya hay; y viéndolas y admirándolas, aunque el fruto no responda a nuestras esperanzas, obligados nos sentimos todos a conservar y cuidar el árbol».

B. PÉREZ GALDÓS³³

Madrid, enero de 1901.

30 *Calderoniano*: Se refiere a Pedro Calderón de la Barca, (1600-1681), dramaturgo español del Siglo de Oro y famoso autor de *La vida es sueño* (1635). Son conocidos también los dramas de honor de Calderón, entre las que destaca *El médico de su honra* (1635). En *La Regenta*, don Víctor Quintanar es gran admirador de ese concepto calderoniano del honor y de la honra.

31 *Cinegético*: Relativo a la caza.

32 *Armando Palacio*: Armando Palacio Valdés, (1853-1938), escritor del Realismo español y crítico literario que colaboró con Leopoldo Alas en la obra crítica *La literatura en 1881* (1882).

33 *B. Pérez Galdós*: Benito Pérez Galdós, (1843-1920), famoso novelista, dramaturgo y cronista español conocido por su contribución a la novela realista en el siglo XIX. Autor de *Fortunata y Jacinta*, obra maestra junto con *La Regenta*, del Realismo español.

TOMO I

- I -

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido³⁴ y de la olla podrida,³⁵ y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico,³⁶ pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis³⁷ que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en

34 *Cocido*: Guiso de carne, tocino, hortalizas y garbanzos cocidos, muy común en España.

35 *Olla podrida*: Guiso, que se remonta hasta la Edad Media, preparado con carne, tocino, legumbres y hortalizas.

36 *Gótico*: Se dice del arte que se desarrolla en Europa desde el siglo XII hasta el Renacimiento. Es un estilo arquitectónico que resulta de la evolución del románico, caracterizado por el arco ojival y la bóveda de aristas.

37 *Cursi*: Que pretende ser elegante o refinado sin serlo, resultando ridículo.

la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo³⁸ mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las tinieblas, aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña. —Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía a sus pies.

Bismarck, un pillo ilustre de Vetusta, llamado con tal apodo entre los de su clase, no se sabe por qué, empuñaba el sobado cordel atado al badajo³⁹ formidable de la *Wamba*, la gran campana que llamaba a coro a los muy venerables canónigos, cabildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia,⁴⁰ era *de la tralla*,⁴¹ según en Vetusta se llamaba a los de su condición; pero sus aficiones le llevaban a los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólito⁴² en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático *de la tralla* disfrutaba algunos días la honra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole a los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la *Wamba* con una seriedad de arúspice⁴³ de buena fe. Cuando *posaba* para la hora del coro —así se decía— Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y la responsabilidad de un reloj.

Celedonio ceñida al cuerpo la sotana negra, sucia y raída, estaba asomado a una ventana, caballero en ella, y escupía con desdén y por el colmillo a la plazuela; y si se le antojaba disparaba chinitas⁴⁴ sobre algún raro transeúnte que le parecía del tamaño y de la importancia de un ratoncillo. Aquella altura se les subía a la cabeza a los pilluelos y les inspiraba un profundo desprecio de las cosas terrenas.

—¡Mia tú, Chiripa, que dice que pué más que yo! —dijo el monaguillo,⁴⁵ casi escupiendo las palabras; y disparó media patata asada y podrida a la calle apuntando a un canónigo, pero seguro de no tocarle.

38 *Cabildo*: Cuerpo o comunidad de eclesiásticos capitulares de una iglesia catedral o colegial.

39 *Badajo*: Pieza metálica, generalmente en forma de pera, que pende en el interior de las campanas, y con la cual se golpean éstas para hacerlas sonar.

40 *Oficio delantero de diligencia*: Cochero, conductor de coche de caballos.

41 *Tralla*: Látigo.

42 *Acólito*: Seglar que ha recibido el segundo de los dos ministerios y cuyo oficio es servir al altar.

43 *Arúspice*: Sacerdote que en la antigua Roma examinaba las entrañas de las víctimas para hacer presagios.

44 *Chinita*: Piedrecita u otra cosa semejante.

45 *Monaguillo*: Niño que ayuda a misa y hace otros servicios en la iglesia.

—¡Qué ha de poder! —respondió Bismarck, que en el campanario adulaba a Celedonio y en la calle le trataba a puntapiés y le arrancaba a viva fuerza las llaves para subir a tocar las *oraciones*—. Tú pués más que toos los delanteros, menos yo.

—Porque tú echas la zancadilla, mainate,⁴⁶ y eres más grande... Mia, chico, ¿quiés que l'atice al señor Magistral que entra ahora?

—¿Le conoces tú desde ahí?

—Claro, bobo; le conozco en el menear los manteos.⁴⁷ Mia, ven acá. ¿No ves cómo al andar le salen pa tras y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta. Ya lo decía el señor Custodio el beneficiado a don Pedro el campanero el otro día: «Ese don Fermín tié más orgullo que don Rodrigo en la horca», y don Pedro se reía; y verás, el otro dijo después, cuando ya había pasao don Fermín: «¡Anda, anda, buen mozo, que bien se te conoce el colorete!». ¿Qué te paece, chico? Se pinta la cara.

Bismarck negó lo de la pintura. Era que don Custodio tenía envidia. Si Bismarck fuera canónigo y *dimidad* (creía que lo era el Magistral) en vez de ser delantero, con un mote *sacao* de las cajas de cerillas, se daría más tono que un zagal.⁴⁸ Pues, claro. Y si fuese campanero, el de verdad, vamos don Pedro... ¡ay Dios! entonces no se hablaba más que con el Obispo y el señor Roque el mayoral del correo.

—Pues chico, no sabes lo que te pescas, porque decía el beneficiado que en la iglesia hay que ser humilde, como si dijéramos, rebajarse con la gente, vamos achantarse, y aguantar una bofetá si a mano viene; y si no, ahí está el Papa, que es... no sé cómo dijo... así... una cosa como... el criaio de toos los criaos.

—Eso será de boquirris —replicó Bismarck—. ¡Mia tú el Papa, que manda más que el rey! Y que le vi yo pintao, en un santo mu grande, sentao en su coche, que era como una butaca, y lo llevaban en vez de mulas un tiro de *carcas* (curas según Bismarck), y lo cual que le iban espantando las moscas con un paraguas, que parecía cosa del teatro... hombre... ¡si sabré yo!

Se acaloró el debate. Celedonio defendía las costumbres de la Iglesia primitiva; Bismarck estaba por todos los esplendores del culto. Celedonio amenazó al campanero interino con pedirle la dimisión. El de la tralla aludió embozadamente a ciertas bofetadas probables *pa en* bajando. Pero una campana que sonó en un tejado de la catedral les llamó al orden.

—¡El *Laudes*!⁴⁹ —gritó Celedonio—, toca, que avisan.

Y Bismarck empuñó el cordel y azotó el metal con la porra del formidable badajo.

Tembló el aire y el delantero cerró los ojos, mientras Celedonio hacía alarde de su imperturbable serenidad oyendo, como si estuviera a dos leguas, las campanadas graves, poderosas, que el viento arrebatava de la torre para

46 *Mainate*: Adalid, caporal, magnate, mandamás.

47 *Manteo*: Capa larga con cuello, que llevan los eclesiásticos sobre la sotana.

48 *Zagal*: Persona joven, muchacho.

49 *El Laudes*: Una de las partes del oficio divino, que se dice después de maitines.

llevar sus vibraciones por encima de Vetusta a la sierra vecina y a los extensos campos, que brillaban a lo lejos, verdes todos, con cien matices.

Empezaba el Otoño. Los prados renacían, la yerba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de Septiembre. Los castañedos, robledales y pomares que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por sierra y valle reflejaban la luz como espejos. Aquel verde esplendoroso con tornasoles dorados y de plata, se apagaba en la sierra, como si cubriera su falda y su cumbre la sombra de una nube invisible, y un tinte rojizo aparecía entre las calvicies de la vegetación, menos vigorosa y variada que en el valle. La sierra estaba al Noroeste y por el Sur que dejaba libre a la vista se alejaba el horizonte, señalado por siluetas de montañas desvanecidas en la niebla que deslumbraba como polvareda luminosa. Al Norte se adivinaba el mar detrás del arco perfecto del horizonte, bajo un cielo despejado, que surcaban como naves, ligeras nubecillas de un dorado pálido. Un jirón de la más leve parecía la luna, apagada, flotando entre ellas en el azul blanquecino.

Cerca de la ciudad, en los ruedos, el cultivo más intenso, de mejor abono, de mucha variedad y esmerado, producía en la tierra tonos de colores, sin nombre, exacto, dibujándose sobre el fondo pardo oscuro de la tierra constantemente removida y bien regada.

Alguien subía por el caracol. Los dos pilletes se miraron estupefactos. ¿Quién era el osado?

—¿Será Chiripa? —preguntó Celedonio entre airado y temeroso.

—No; es un *carca*, ¿no oyes el manteo?

Bismarck tenía razón; el roce de la tela con la piedra producía un rumor silbante, como el de una voz apagada que impusiera silencio. El manteo apareció por escotillón; era el de don Fermín de Pas, Magistral de aquella santa iglesia catedral y provisor del Obispo. El delantero sintió escalofríos. Pensó:

«¿Vendrá a pegarnos?».

No había motivo, pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado a recibir bofetadas y puntapiés sin saber por qué. A todo poderoso, y para él don Fermín era un personaje de los más empingorotados,⁵⁰ se le figuraba Bismarck usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes. No discutía la legitimidad de esta prerrogativa, no hacía más que huir de los grandes de la tierra, entre los que figuraban los sacristanes⁵¹ y los polizontes.⁵² Se avenía a esta ley, cuyos efectos procuraba evitar. Si él hubiera sido señor, alcalde, canónigo, fontanero, guarda del Jardín Botánico, empleado en casillas, sereno, algo grande, en suma, hubiera hecho lo mismo ¡dar cada puntapié! No era más que Bismarck, un delantero, y sabía su oficio, huir de los *mainates* de Vetusta.

50 *Empingorotado*: Persona de posición elevada que se jacta y presume de ello.

51 *Sacristán*: Hombre que en las iglesias tiene a su cargo ayudar al sacerdote en el servicio del altar y cuidar de los ornamentos y de la limpieza y aseo de la iglesia y sacristía.

52 *Polizonte*: Agente de policía.

Pero allí no había modo de escapar. O tirarse por una ventana, o esperar el nublado. El caracol estaba interceptado por el canónigo. Bismarck no tuvo más recurso que hacerse un ovillo, esconderse detrás de la Wamba, encastrado en una viga, y aguardar así los acontecimientos.

Celedonio no extrañaba aquella visita. Recordaba haber visto muchas tardes al señor Magistral subir a la torre antes o después de coro.

¿Qué iba a hacer allí aquel señor tan respetable? Esto preguntaban los ojos del delantero a los del acólito. También lo sabía Celedonio, pero callaba y sonreía complaciéndose en el pavor de su amigo.

El continente altivo del monaguillo se había convertido en humilde actitud. Su rostro se había revestido de repente de la expresión oficial. Celedonio tenía doce o trece años y ya sabía ajustar los músculos de su cara de chato a las exigencias de la liturgia. Sus ojos eran grandes, de un castaño sucio, y cuando el pillastre se creía en funciones eclesiásticas los movía con afectación, de abajo arriba, de arriba abajo, imitando a muchos sacerdotes y beatas que conocía y trataba.

Pero, sin pensarlo, daba una intención lúbrica⁵³ y cínica a su mirada, como una meretriz⁵⁴ de calleja, que anuncia su triste comercio con los ojos, sin que la policía pueda reivindicar los derechos de la moral pública. La boca muy abierta y desdentada seguía a su manera los aspavientos de los ojos; y Celedonio en su expresión de humildad beatífica pasaba del feo tolerable al feo asqueroso.

Así como en las mujeres de su edad se anuncian por asomos de contornos turgentes las elegantes líneas del sexo, en el acólito sin órdenes se podía adivinar futura y próxima pervisión de instintos naturales provocada ya por aberraciones de una educación torcida. Cuando quería imitar, bajo la sotana manchada de cera, los acompasados y ondulantes movimientos de don Anacleto, familiar del Obispo—creyendo manifestar así su vocación—, Celedonio se movía y gesticulaba como hembra desfachatada, sirena de cuartel. Esto ya lo había notado el *Palomo*, empleado laico de la Catedral, perrero,⁵⁵ según mal nombre de su oficio. Pero no se había atrevido a comunicar sus aprensiones a ningún superior, obediendo a un criterio, merced al cual había desempeñado treinta años seguidos con dignidad y prestigio sus funciones complejas de aseo y vigilancia.

En presencia del Magistral, Celedonio había cruzado los brazos e inclinado la cabeza, después de apearse de la ventana. Aquel don Fermín que allá abajo en la calle de la Rúa parecía un escarabajo ¡qué grande se mostraba ahora a los ojos humillados del monaguillo y a los aterrados ojos de su compañero! Celedonio apenas le llegaba a la cintura al canónigo. Veía enfrente de sí la sotana tersa de pliegues escultóricos, rectos, simétricos, una sotana de medio tiempo, de rico castor⁵⁶ delgado, y sobre ella flotaba el manteo de seda, abundante, de muchos pliegues y vuelos.

Bismarck, detrás de la Wamba, no veía del canónigo más que los bajos y

53 *Lúbrico*: Libidinoso, lascivo.

54 *Meretriz*: Prostituta. «Meretriz de calleja»: Prostituta que se vende en lugares públicos.

55 *Perrero*: Hombre que en las iglesias y catedrales tenía como oficio echar fuera a los perros.

56 *Castor*: Pelo o piel del animal del mismo nombre que es mamífero roedor.

los admiraba. ¡Aquello era señorío! ¡Ni una mancha! Los pies parecían los de una dama; calzaban media morada, como si fueran de Obispo; y el zapato era de esmerada labor y piel muy fina y lucía hebilla de plata, sencilla pero elegante, que decía muy bien sobre el color de la media.

Si los pilletes hubieran osado mirar cara a cara a don Fermín, le hubieran visto, al asomar en el campanario, serio, cejijunto; al notar la presencia de los campaneros levemente turbado, y en seguida sonriente, con una suavidad resbaladiza en la mirada y una bondad estereotipada en los labios. Tenía razón el delantero. De Pas no se pintaba. Más bien parecía estucado. En efecto, su tez blanca tenía los reflejos del estuco. En los pómulos, un tanto avanzados, bastante para dar energía y expresión característica al rostro, sin afearlo, había un ligero encarnado que a veces tiraba al color del alzacuello⁵⁷ y de las medias. No era pintura, ni el color de la salud, ni pregonero del alcohol; era el rojo que brota en las mejillas al calor de palabras de amor o de vergüenza que se pronuncian cerca de ellas, palabras que parecen imanes que atraen el hierro de la sangre. Esta especie de congestión también la causa el orgasmo de pensamientos del mismo estilo. En los ojos del Magistral, verdes, con pintas que parecían polvo de rapé,⁵⁸ lo más notable era la suavidad de liquen; pero en ocasiones, de en medio de aquella crasitud pegajosa salía un resplandor punzante, que era una sorpresa desagradable, como una aguja en una almohada de plumas. Aquella mirada la resistían pocos; a unos les daba miedo, a otros asco; pero cuando algún audaz la sufría, el Magistral la humillaba cubriéndola con el telón carnoso de unos párpados anchos, gruesos, insignificantes, como es siempre la carne informe. La nariz larga, recta, sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro todo expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba. Los labios largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados a vivir comprimidos por la barba que tendía a subir, amenazando para la vejez, aún lejana, entablar relaciones con la punta de la nariz claudicante. Por entonces no daba al rostro este defecto apariencias de vejez, sino expresión de prudencia de la que toca en cobarde hipocresía y anuncia frío y calculador egoísmo. Podía asegurarse que aquellos labios guardaban como un tesoro la mejor palabra, la que jamás se pronuncia. La barba puntiaguda y levantisca semejava el candado de aquel tesoro. La cabeza pequeña y bien formada, de espeso cabello negro muy recortado, descansaba sobre un robusto cuello, blanco, de recios músculos, un cuello de atleta, proporcionado al tronco y extremidades del fornido⁵⁹ canónigo, que hubiera sido en su aldea el mejor jugador de bolos, el mozo de más partido; y a lucir entallada levita, el más apuesto azotacalles⁶⁰ de Vetusta.

57 *Alzacuello*: Tira suelta de tela endurecida o de material rígido que se ciñe al cuello, propia del traje eclesiástico.

58 *Rapé*: Tabaco en polvo que se aspira por la nariz.

59 *Fornido*: Robusto, fuerte.

60 *Azotacalles*: Persona callejera, en este contexto, mozo que pasea su atractiva figura por las calles de la ciudad.

Como si se tratara de un personaje, el Magistral saludó a Celedonio doblando graciosamente el cuerpo y extendiendo hacia él la mano derecha, blanca, fina, de muy afilados dedos, no menos cuidada que si fuera la de aristocrática señora. Celedonio contestó con una genuflexión como las de ayudar a misa.

Bismarck, oculto, vio con espanto que el canónigo sacaba de un bolsillo interior de la sotana un tubo que a él le pareció de oro. Vio que el tubo se dejaba estirar como si fuera de goma y se convertía en dos, y luego en tres, todos seguidos, pegados. Indudablemente aquello era un cañón chico, suficiente para acabar con un delantero tan insignificante como él. No; era un fusil porque el Magistral lo acercaba a la cara y hacía con él puntería.⁶¹ Bismarck respiró: no iba con su personilla aquel disparo; apuntaba el carca hacia la calle, asomado a una ventana. El acólito, de puntillas, sin hacer ruido, se había acercado por detrás al Provisor y procuraba seguir la dirección del catalejo.⁶² Celedonio era un monaguillo de mundo, entraba como amigo de confianza en las mejores casas de Vetusta, y si supiera que Bismarck tomaba un antejo por un fusil, se le reiría en las narices.

Uno de los recreos solitarios de don Fermín de Pas consistía en subir a las alturas. Era montañés,⁶³ y por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido a la montaña más alta, y si no las había, a la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese a vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba. Cuando iba a las aldeas acompañando al Obispo en su visita, siempre había de emprender, a pie o a caballo, como se pudiera, una excursión a lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues a los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que les daba vigor de acero a las piernas y aliento de fragua a los pulmones. Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios,⁶⁴ ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero, que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces a la torre de la catedral. Solía hacerlo a la hora del coro, por la mañana o por la tarde, según le convenía. Celedonio que en alguna ocasión, aprovechando un descuido, había mirado por el antejo del Provisor, sabía que era de poderosa atracción; desde los segundos corredores, mucho más

61 *Puntería*: Acción de apuntar un arma arrojadiza o de fuego.

62 *Catalejo*: Instrumento óptico extensible que sirve para ver a larga distancia.

63 *Montañés*: Natural de la Montaña, región del norte de España.

64 *Infusorio*: Célula o microorganismo.

altos que el campanario, había él visto perfectamente a la Regenta, una guapísima señora, pasearse, leyendo un libro, por su huerta que se llamaba el Parque de los Ozores; sí, señor, la había visto como si pudiera tocarla con la mano, y eso que su palacio estaba en la rinconada de la Plaza Nueva, bastante lejos de la torre, pues tenía en medio de la plazuela de la catedral, la calle de la Rúa y la de San Pelayo. ¿Qué más? Con aquel antejo se veía un poco del billar del casino, que estaba junto a la iglesia de Santa María; y él, Celedonio, había visto pasar las bolas de marfil rodando por la mesa. Y sin el antejo ¡quíá! en cuanto se veía el balcón como un ventanillo de una grillera.⁶⁵ Mientras el acólito hablaba así, en voz baja, a Bismarck que se había atrevido a acercarse, seguro de que no había peligro, el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu a aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. No miraba a los campos, no contemplaba la lontananza⁶⁶ de montes y nubes; sus miradas no salían de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo sino el trinchante.

Y bastante resignación era contentarse, por ahora, con Vetusta. De Pas había soñado con más altos destinos, y aún no renunciaba a ellos. Como recuerdos de un poema heroico leído en la juventud con entusiasmo, guardaba en la memoria brillantes cuadros que la ambición había pintado en su fantasía; en ellos se contemplaba oficiando de pontifical⁶⁷ en Toledo y asistiendo en Roma a un cónclave de cardenales.⁶⁸ Ni la tiara⁶⁹ le pareciera demasiado ancha; todo estaba en el camino; lo importante era seguir andando. Pero estos sueños según pasaba el tiempo se iban haciendo más y más vaporosos, como si se alejaran. «Así son las perspectivas de la esperanza, pensaba el Magistral; cuanto más nos acercamos al término de nuestra ambición, más distante parece el objeto deseado, porque no está en lo porvenir, sino en lo pasado; lo que vemos delante es un espejo que refleja el cuadro soñador que se queda atrás, en el lejano día del sueño...». No renunciaba a subir, a llegar cuanto más arriba pudiese, pero cada día pensaba menos en estas vaguedades de la am-

65 *Grillera*: Jaula de alambre o mimbres en la que se encierra los grillos.

66 *Lontananza*: Lejanía.

67 *Pontifical*: Perteneciente o relativo a un obispo o arzobispo. En este contexto, «oficiar de pontifical» significa oficiar de obispo.

68 *Cónclave de cardenales*: En la Iglesia católica, reunión de los cardenales y lugar donde se juntan y encierran para elegir un nuevo Papa.

69 *Tiara*: Triple corona que usaba el Papa como símbolo de su autoridad como papa, obispo y rey.

bición a largo plazo, propias de la juventud. Había llegado a los treinta y cinco años y la codicia del poder era más fuerte y menos idealista; se contentaba con menos pero lo quería con más fuerza, lo necesitaba más cerca; era el hambre que no espera, la sed en el desierto que abrasa y se satisface en el charco impuro sin aguardar a descubrir la fuente que está lejos en lugar desconocido.

Sin confesárselo, sentía a veces desmayos de la voluntad y de la fe en sí mismo que le daban escalofríos; pensaba en tales momentos que acaso él no sería jamás nada de aquello a que había aspirado, que tal vez el límite de su carrera sería el estado actual o un mal obispado en la vejez, todo un sarcasmo. Cuando estas ideas le sobrecogían, para vencerlas y olvidarlas se entregaba con furor al goce de lo presente, del poderío que tenía en la mano; devoraba su presa, la Vetusta levítica, como el león enjaulado los pedazos ruines de carne que el domador le arroja.

Concentrada su ambición entonces en punto concreto y tangible, era mucho más intensa; la energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. Él era el amo del amo. Tenía al Obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones. En tales días el Provisor era un huracán eclesiástico, un castigo bíblico, un azote de Dios sancionado por su ilustrísima.

Estas crisis del ánimo solían provocarlas noticias del personal: el nombramiento de un Obispo joven, por ejemplo. Echaba sus cuentas: él estaba muy atrasado, no podría llegar a ciertas grandezas de la jerarquía. Esto pensaba, en tanto que el beneficiado don Custodio le aborrecía principalmente porque era Magistral desde los treinta.

Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él solo. ¡Qué! ¿También aquel mezquino imperio habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid.⁷⁰ ¿Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar. Cuando era su ambición de joven la que chisporroteaba en su alma, don Fermín encontraba estrecho el recinto de Vetusta; él que había predicado en Roma, que había olfateado y gustado el incienso de la alabanza en muy altas regiones por breve tiempo, se creía postergado en la catedral vetustense. Pero otras veces, las más, era el recuerdo de sus sueños de niño, precoz para ambicionar, el que le asaltaba, y entonces veía en aquella ciudad que se humillaba a sus plantas en derredor el colmo de sus deseos más locos. Era una especie de placer material, pensaba De Pas, el que sentía comparando sus ilusiones de la infancia con la realidad presente. Si de joven había soñado

70 *En buena lid*: Por buenos medios, sin trampas, ni argucias.

cosas mucho más altas, su dominio presente parecía la tierra prometida a las cavilaciones de la niñez, llena de tardes solitarias y melancólicas en las praderas de los puertos. El Magistral empezaba a despreciar un poco los años de su próxima juventud, le parecían a veces algo ridículos sus ensueños y la conciencia no se complacía en repasar todos los actos de aquella época de pasiones reconcentradas, poco y mal satisfechas. Prefería las más veces recrear el espíritu contemplando lo pasado en lo más remoto del recuerdo; su niñez le enternecía, su juventud le disgustaba como el recuerdo de una mujer que fue muy querida, que nos hizo cometer mil locuras y que hoy nos parece digna de olvido y desprecio. Aquello que él llamaba placer material y tenía mucho de pueril, era el consuelo de su alma en los frecuentes decaimientos del ánimo.

El Magistral había sido pastor en los puertos de Tarsa ¡y era él, el mismo que ahora mandaba a su manera en Vetusta! En este salto de la imaginación estaba la esencia de aquel placer intenso, infantil y material que gozaba De Pas como un pecado de lascivia.

¡Cuántas veces en el púlpito, ceñido al robusto y airoso cuerpo el roquete,⁷¹ cándido y rizado, bajo la señorial muceta,⁷² viendo allá abajo, en el rostro de todos los fieles la admiración y el encanto, había tenido que suspender el vuelo de su elocuencia, porque le ahogaba el placer, y le cortaba la voz en la garganta! Mientras el auditorio aguardaba en silencio, respirando apenas, a que la emoción religiosa permitiera al orador continuar, él oía como en éxtasis de autolatría el chisporroteo de los cirios y de las lámparas; aspiraba con voluptuosidad extraña el ambiente embalsamado por el incienso de la capilla mayor y por las emanaciones calientes y aromáticas que subían de las damas que le rodeaban; sentía como murmullo de la brisa en las hojas de un bosque el contenido crujir de la seda, el aleteo de los abanicos; y en aquel silencio de la atención que esperaba, delirante, creía comprender y gustaba una adoración muda que subía a él; y estaba seguro de que en tal momento pensaban los fieles en el orador esbelto, elegante, de voz melodiosa, de correctos ademanes a quien oían y veían, no en el Dios de que les hablaba. Entonces sí que, sin poder él desechar aquellos recuerdos se le presentaba su infancia en los puertos; aquellas tardes de su vida de pastor melancólico y meditabundo. —Horas y horas, hasta el crepúsculo, pasaba soñando despierto, en una cumbre, oyendo las esquilas⁷³ del ganado esparcido por el cueto⁷⁴ ¿y qué soñaba? que allá, allá abajo, en el ancho mundo, muy lejos, había una ciudad inmensa, como cien veces el lugar de Tarsa, y más; aquella ciudad se llamaba Vetusta, era mucho mayor que San Gil de la Llana, la cabeza del partido, que él tampoco había visto. En la gran ciudad colocaba él maravillas que halagaban el sentido y llenaban la soledad de su espíritu inquieto. Desde aquella

71 *Roquete*: Sobrepelliz, vestidura cerrada de lienzo blanco y fino con mangas cortas que se ponen sobre la sotana los eclesiásticos o quienes ayudan en las ceremonias religiosas.

72 *Muceta*: Especie de capa corta, abotonada por delante, usada por los clérigos y por los doctores universitarios.

73 *Esquila*: Cencerro pequeño, en forma de campana que llevan al cuello vacas, ovejas y cabras.

74 *Cueto*: Colina o montaña de poca altura.

infancia ignorante y visionaria al momento en que se contemplaba el predicador no había intervalo; se veía niño y se veía Magistral: lo presente era la realidad del sueño de la niñez y de esto gozaba.

Emociones semejantes ocupaban su alma mientras el catalejo, reflejando con vivos resplandores los rayos del sol se movía lentamente pasando la visual de tejado en tejado, de ventana en ventana, de jardín en jardín.

Alrededor de la catedral se extendía, en estrecha zona, el primitivo recinto de Vetusta. Comprendía lo que se llamaba el barrio de la *Encimada* y dominaba todo el pueblo que se había ido estirando por Noroeste y por Sudeste. Desde la torre se veía, en algunos patios y jardines de casas viejas y ruinosas, restos de la antigua muralla, convertidos en terrados o paredes medianeras, entre huertos y corrales. La Encimada era el barrio noble y el barrio pobre de Vetusta. Los más linajudos y los más andrajosos⁷⁵ vivían allí, cerca unos de otros, aquellos a sus anchas, los otros apiñados. El buen vetustente era de la Encimada. Algunos fatuos estimaban en mucho la propiedad de una casa, por miserable que fuera, en la parte alta de la ciudad, a la sombra de la catedral, o de Santa María la Mayor o de San Pedro, las dos antiquísimas iglesias vecinas de la Basílica y parroquias que se dividían el noble territorio de la Encimada. El Magistral veía a sus pies el barrio linajudo compuesto de caserones con ínfulas⁷⁶ de palacios; conventos grandes como pueblos; y tugurios,⁷⁷ donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para poder habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el Campo del sol, al Sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas, en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido. Casi todas las calles de la Encimada eran estrechas, tortuosas, húmedas, sin sol; crecía en algunas la yerba; la limpieza de aquellas en que predominaba el vecindario noble o de tales pretensiones por lo menos, era triste, casi miserable, como la limpieza de las cocinas pobres de los hospicios; parecía que la escoba municipal y la escoba de la nobleza pulcra habían dejado en aquellas plazuelas y callejas las huellas que el cepillo deja en el paño raído. Había por allí muy pocas tiendas y no muy lucidas. Desde la torre se veía la historia de las clases privilegiadas contada por piedras y adobes en el recinto viejo de Vetusta. La iglesia ante todo: los conventos ocupaban cerca de la mitad del terreno; Santo Domingo solo, tomaba una quinta parte del área total de la Encimada: seguía en tamaño las Recoletas, donde se habían reunido en tiempo de la Revolución de Septiembre⁷⁸ dos comunidades de monjas, que juntas eran diez y ocupaban con su convento y huerto la sexta parte del barrio. Verdad era que San Vicente estaba convertido en cuartel y dentro de sus muros retumbaba la indiscreta voz de la corneta, profanación constante del sagrado silencio secular; del con-

75 *Andrajoso*: Cubierto de andrajos, es decir, de prendas de vestir viejas, rotas y sucias.

76 *Ínfula*: Presunción, vanidad, aires de grandeza.

77 *Tugurio*: Local sucio y descuidado o de mala reputación.

78 *La Revolución de Septiembre*: Se refiere a la Revolución de 1868 o La Gloriosa, también conocida como *La Septembrina*. Levantamiento revolucionario español que tuvo lugar en septiembre de 1868 y supuso el destronamiento de la reina Isabel II y el inicio del período denominado Sexenio Democrático.

vento ampuloso y plateresco⁷⁹ de las Clarisas había hecho el Estado un edificio para toda clase de oficinas, y en cuanto a San Benito era lóbrega prisión de mal seguros delincuentes. Todo esto era triste; pero el Magistral que veía, con amargura en los labios, estos despojos de que le daba elocuente representación el catalejo, podía abrir el pecho al consuelo y a la esperanza contemplando, fuera del barrio noble, al Oeste y al Norte, gráficas señales de la fe rediviva, en los alrededores de Vetusta, donde construía la piedad nuevas moradas⁸⁰ para la vida conventual, más lujosas, más elegantes que las antiguas, si no tan sólidas ni tan grandes. La Revolución⁸¹ había derribado, había robado; pero la Restauración,⁸² que no podía restituir, alentaba el espíritu que reedificaba y ya las Hermanitas de los Pobres tenían coronado el edificio de su propiedad, tacita de plata, que brillaba cerca del Espolón, al Oeste, no lejos de los palacios y *chalets* de la Colonia, o sea el barrio nuevo de americanos y comerciantes del reino. Hacia el Norte, entre prados de terciopelo tupido, de un verde oscuro, fuerte, se levantaba la blanca fábrica que con sumas fabulosas construían las Salesas,⁸³ por ahora arrinconadas dentro de Vetusta, cerca de los vertederos de la Encimada, casi sepultadas en las cloacas,⁸⁴ en una casa vieja, que tenía por iglesia un oratorio mezquino. Allí, como en nichos, habitaban las herederas de muchas familias ricas y nobles; habían dejado, en obsequio al Crucificado, el regalo de su palacio ancho y cómodo de allá arriba por la estrechez insana de aquella pocilga, mientras sus padres, hermanos y otros parientes regalaban el perezoso cuerpo en las anchuras de los caserones tristes, pero espaciosos de la Encimada. No sólo era la iglesia quien podía desperezarse y estirar las piernas en el recinto de Vetusta la de arriba, también los herederos de pergaminos⁸⁵ y casas solariegas,⁸⁶ habían tomado para sí anchas cuadras y jardines y huertas que podían pasar por bosques, con relación al área del pueblo, y que en efecto se llamaban, algo hiperbólicamente, parques, cuando eran tan extensos como el de los Ozores y el de los Vegallana. Y mientras no sólo a los conventos, y a los palacios, sino también a los árboles se les dejaba campo abierto para alargarse y ensancharse como querían, los míseros plebeyos que a fuerza de pobres no habían podido huir los codazos del egoísmo noble o regular, vivían hacinados en casas de tierra que el municipio obligaba a tapar con una capa de cal; y era de ver cómo aquellas casuchas, apiñadas, se enchu-

79 *Plateresco*: Estilo arquitectónico surgido en España a finales del siglo XV y en la primera mitad del XVI, caracterizado por la asimilación y adaptación hispana de los principios del Renacimiento italiano fusionados con elementos decorativos góticos.

80 *Morada*: Estancia o residencia en un lugar durante algún tiempo.

81 *La Revolución*: Se refiere nuevamente a la Revolución de septiembre de 1868 o La Gloriosa que supuso el destronamiento de Isabel II y el inicio del período denominado Sexenio Democrático.

82 *La Restauración*: Restauración borbónica (1874-1931) que restableció el orden monárquico en España.

83 *Salesas*: Orden religiosa de monjas y convento en Vetusta.

84 *Cloaca*: Conducto por donde van las aguas sucias o las inmundicias de las poblaciones.

85 *Pergamino*: Piel de la res, limpia del vellón o del pelo, raída, adobada y estirada, que sirve para escribir en ella, para forrar libros o para otros usos. En este contexto, «pergaminos» se refiere a los antecedentes nobiliarios de una familia o de una persona.

86 *Casa solariega*: Casa antigua y noble.

faban, y saltaban unas sobre otras, y se metían los tejados por los ojos, o sean las ventanas. Parecían un rebaño de retozonas reses que apretadas en un camino, brincan y se encaraman en los lomos de quien encuentran delante.

A pesar de esta injusticia distributiva que don Fermín tenía debajo de sus ojos, sin que le irritara, el buen canónigo amaba el barrio de la catedral, aquel hijo predilecto de la Basílica, sobre todos. La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía. El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes; los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales, de reparaciones de ultra-tumba. No era que allí no tuviera ninguna influencia, pero la tenía en los menos. Cierto que cuando allí la creencia pura, la fe católica arraigaba, era con robustas raíces, como con cadenas de hierro. Pero si moría un obrero bueno, creyente, nacían dos, tres, que ya jamás oírían hablar de resignación, de lealtad, de fe y obediencia. El Magistral no se hacía ilusiones. El Campo del Sol se les iba. Las mujeres defendían allí las últimas trincheras. Poco tiempo antes del día en que De Pas meditaba así, varias ciudadanas del barrio de obreros habían querido matar a pedradas a un forastero que se titulaba pastor protestante; pero estos excesos, estos paroxismos de la fe moribunda más entristecían que animaban al Magistral. —No, aquel humo no era de incienso, subía a lo alto, pero no iba al cielo; aquellos silbidos de las máquinas le parecían burlescos, silbidos de sátira, silbidos de látigo. Hasta aquellas chimeneas delgadas, largas, como monumentos de una idolatría, parecían parodias de las agujas de las iglesias...

El Magistral volvía el catalejo al Noroeste, allí estaba la *Colonia*, la Vestusta novísima, tirada a cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acorados; parecía un pájaro de los bosques de América, o una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes. Igualdad geométrica, desigualdad, anarquía cromáticas. En los tejados todos los colores del iris como en los muros de Ecbátana;⁸⁷ galerías de cristales robando a los edificios por todas partes la esbeltez que podía suponérseles; alardes de piedra inoportunos, solidez afectada, lujo vocinglero.⁸⁸ La ciudad del sueño de un indiano⁸⁹ que va mezclada con la ciudad de un usurero o de un mercader de paños o de harinas que se quedan y edifican despiertos. Una pulmonía posible por una pared maestra ahorrada; una incomodidad segura por una fastuosidad ridícula. Pero no importa, el Magistral no atiende a nada de eso; no ve allí más que riqueza; un Perú en miniatura, del cual pretende ser el Pizarro⁹⁰ espiritual. Y ya empieza a serlo. Los indianos de la Colonia que en

87 *Ecbátana*: En el siglo V antes de Cristo, Heródoto escribió que Ecbátana fue la capital de Media y se formó con siete muros de círculos concéntricos de varios colores.

88 *Vocinglero*: Que habla mucho y vanamente. «Lujo vocinglero» es decir lujo vano, superficial.

89 *Indiano*: Dicho de una persona que vuelve rica de América. A Asturias y Galicia regresaron muchos de esos emigrantes que lograron hacer fortuna al otro lado del Atlántico.

90 *Pizarro*: Francisco Pizarro González, (1478-1541), conquistador español del Perú.

América oyeron muy pocas misas, en Vetusta vuelven, como a una patria, a la piedad de sus mayores: la religión con las formas aprendidas en la infancia es para ellos una de las dulces promesas de aquella España que veían en sueños al otro lado del mar. Además los indios no quieren nada que no sea de buen tono, que huelga a plebeyo, ni siquiera pueda recordar los orígenes humildes de la estirpe; en Vetusta los descreídos no son más que cuatro pillos, que no tienen sobre qué caerse muertos; todas las personas pudientes creen y practican, como se dice ahora. Páez, don Frutos Redondo, los Jacas, Antolínez, los Argumosa y otros y otros ilustres Américo Vespucios del barrio de la Colonia siguen escrupulosamente en lo que se les alcanza las costumbres *distinguidas* de los Corujedos, Vegallanas, Membibres, Ozores, Carraspiques y demás familias nobles de la Encimada, que se precian de muy buenos y muy rancios cristianos. Y si no lo hicieran por propio impulso los Páez, los Redondo, etc., etc., sus respectivas esposas, hijas y demás familia del sexo débil obligaríanles a imitar en religión, como en todo, las maneras, ideas y palabras de la envidiada aristocracia. Por todo lo cual el Provisor mira al barrio del Noroeste con más codicia que antipatía; si allí hay muchos espíritus que él no ha sondeado todavía, si hay mucha tierra que descubrir en aquella América abreviada, las exploraciones hechas, las *factorías* establecidas han dado muy buen resultado, y no desconfía don Fermín de llevar la luz de la fe más acendrada, y con ella su natural influencia, a todos los rincones de las bien alineadas casas de la Colonia, a quien el municipio midió los tejados por un rasero.

Pero, entre tanto, De Pas volvía amorosamente la visual del catalejo a su Encimada querida, la noble, la vieja, la amontonada a la sombra de la soberbia torre. Una a Oriente otra a Occidente, allí debajo tenía, como dando guardia de honor a la catedral, las dos iglesias antiquísimas que la vieron tal vez nacer, o por lo menos pasar a grandezas y esplendores que ellas jamás alcanzaron. Se llamaban, como va dicho, Santa María y San Pedro; su historia anda escrita en los cronicones de la Reconquista, y gloriosamente se pudren poco a poco víctimas de la humedad y hechas polvo por los siglos. En rededor de Santa María y de San Pedro hay esparcidas, por callejones y plazuelas casas solariegas, cuya mayor gloria sería poder proclamarse contemporáneas de los ruinosos templos. Pero no pueden, porque delata la relativa juventud de estos caserones su arquitectura que revela el mal gusto decadente, pesado o recargado, de muy posteriores siglos. La piedra de todos estos edificios está ennegrecida por los rigores de la intemperie que en Vetusta la húmeda no dejan nada claro mucho tiempo, ni consienten blanca duradera.

Don Saturnino Bermúdez, que juraba tener documentos que probaban al inteligente en heráldica venirle el Bermúdez del rey Bermudo en persona, era el más perito en la materia de contar la historia de cada uno de aquellos caserones, que él consideraba otras tantas glorias nacionales. Cada vez que algún Ayuntamiento radical emprendía o proyectaba siquiera el derribo de

algunas ruinas o la expropiación de algún solar por utilidad pública, don Saturnino ponía el grito en el cielo y publicaba en *El Lábaro*, el órgano de los ultramontanos⁹¹ de Vetusta, largos artículos que nadie leía, y que el alcalde no hubiera entendido, de haberlos leído; en ellos ponía por las nubes el mérito arqueológico de cada tabique, y si se trataba de una pared maestra demostraba que era todo un monumento. No cabe duda que el señor don Saturnino, siquiera fuese por bien del arte, mentía no poco, y abusaba de lo románico⁹² y de lo mudéjar.⁹³ Para él todo era mudéjar o si no románico, y más de una vez hizo remontarse a los tiempos de Fruela⁹⁴ los fundamentos de una pared fabricada por algún modesto cantero, vivo todavía. Estos lapsus⁹⁵ del erudito no lastimaban su reputación, porque los pocos que podían descubrirlos los consideraban piadosas exageraciones, anacronismos beneméritos, y los demás vetustenses no leían nada de aquello. Mas no por esto dejaba el sabio de sacar a relucir la retórica, en que creía, ostentando atrevidas imágenes, figuras de gran energía, entre las que descollaban las más temerarias personificaciones y las epanadiplosis⁹⁶ más cadenciosas: hablaban las murallas como libros y solían decir: «tiemblan mis cimientos y mis almenas tiemblan»; y tal puerta cochera hubo que hizo llorar con sus discursos patéticos; por lo cual solía terminar el artículo del arqueólogo diciendo: «En fin, señores de la comisión de obras, *sunt lacrimae rerum!*».⁹⁷

Más de media hora empleó el Magistral en su observatorio aquella tarde. Cansado de mirar o no pudiendo ver lo que buscaba allá, hacia la Plaza Nueva, adonde constantemente volvía el catalejo, separóse de la ventana, redujo a su mínimo tamaño el instrumento óptico, guardolo cuidadosamente en el bolsillo y saludando con la mano y la cabeza a los campaneros, descendió con el paso majestuoso de antes, por el caracol de piedra. En cuanto abrió la puerta de la torre y se encontró en la nave Norte de la iglesia, recobró la sonrisa inmóvil, habitual expresión de su rostro, cruzó las manos sobre el vientre, inclinó hacia delante un poco con cierta languidez entre mística y romántica la bien modelada cabeza, y más que anduvo se deslizó sobre el mármol del pavimento que figuraba juego de damas, blanco y negro. Por las altas ventanas y por los rosetones⁹⁸ del arco toral⁹⁹ y de los laterales entraban

91 *Ultramontano*: Representante de la línea más tradicionalista e integrista del catolicismo.

92 *Románico*: Estilo arquitectónico que dominó en Europa durante los siglos XI, XII y parte del XIII, caracterizado por el empleo de arcos de medio punto, bóvedas en cañón, columnas exentas y a veces resaltadas en los machones, y molduras robustas.

93 *Mudéjar*: Estilo arquitectónico que floreció en España desde el siglo XIII hasta el XVI, caracterizado por la conservación de elementos del arte cristiano y el empleo de la ornamentación árabe.

94 *Fruela*: Fruela I de Asturias, (722-768), rey de Asturias (757-768).

95 *Lapsus*: Falta o equivocación cometida por descuido.

96 *Epanadiplosis*: Figura que consiste en repetir al fin de una cláusula o frase el mismo vocablo con que empieza.

97 *Sunt lacrimae rerum*: Del latín. De Virgilio, *Eneida*, I, 463: «sunt lacrimae rerum, et mentem mortalia tangunt» (aquí tienen sus lágrimas las desgracias y mueven a compasión los ánimos).

98 *Rosetón*: Ventana circular calada, con adornos; vidriera.

99 *Arco Toral*: Cada uno de los cuatro arcos sobre los que se apoya la cúpula de un edificio.

haces de luz de muchos colores que remedaban pedazos del iris dentro de las naves. El manteo que el canónigo movía con un ritmo de pasos y suave contoneo iba tomando en sus anchos pliegues, al flotar casi al ras del pavimento, tornasoles de plumas de faisán, y otras veces parecía cola de pavo real; algunas franjas de luz trepaban hasta el rostro del Magistral y ora lo teñían con un verde pálido blanquecino, como de planta sombría, ora le daban viscosa apariencia de planta submarina, ora la palidez de un cadáver.

En la gran nave central del trascoro¹⁰⁰ había muy pocos fieles, esparcidos a mucha distancia; en las capillas laterales, abiertas en los gruesos muros, sumidas en las sombras, se veía apenas grupos de mujeres arrodilladas o sentadas sobre los pies, rodeando los confesonarios.¹⁰¹ Aquí y allí se oía el leve rumor de la plática secreta de un sacerdote y una devota en el tribunal de la penitencia. En la segunda capilla del Norte, la más oscura, don Fermín distinguió dos señoras que hablaban en voz baja. Siguió adelante. Ellas quisieron ir tras él, llamarle, pero no se atrevieron. Le esperaban, le buscaban, y se quedaron sin él.

—Va al coro—dijo una de las damas. Y se sentaron sobre la tarima¹⁰² que rodeaba el confesonario, sumido en tinieblas. Era la capilla del Magistral. En el altar había dos candeleros de bronce, sin velas, sujetos con cadenillas de hierro. Delante del retablo estaba un Jesús Nazareno de talla; los ojos de cristal, tristes, brillaban en la oscuridad; los reflejos del vidrio parecían una humedad fría. Era el rostro el de un anémico; la expresión amanerada del gesto anunciaba una idea fija petrificada en aquellos labios finos y en aquellos pómulos afilados, como gastados por el roce de besos devotos.

Sin detenerse pasó el Magistral junto a la puerta de escape del coro; llegó al crucero;¹⁰³ la valla que corre del coro a la capilla mayor estaba cerrada. Don Fermín, que iba a la sacristía,¹⁰⁴ dio el rodeo de la nave del trasaltar¹⁰⁵ flanqueada por otra crujía de capillas.¹⁰⁶ Frente a cada una de estas, empotrados en la pared del ábside¹⁰⁷ había haces de columnas entre los que se ocultaban sendos confesonarios, invisibles hasta el momento de colocarse enfrente de ellos. Allí comúnmente ataban y desataban culpas los beneficiados. De uno de estos escondites salió, al pasar el Provisor, como una perdiz levantada por los perros, el señor don Custodio el beneficiado, pálido el rostro, menos las mejillas encendidas con un tinte cárdeno. Sudaba como una pared húmeda. El Magistral miró al beneficiado sin sonreír, pinchándole con aquellas agujas que tenía entre la blanda crasitud de los ojos. Humilló los suyos don Custodio y pasó cabizbajo, confuso, aturdido en dirección al coro. Era gruesecillo,

100 *Trascoro*: En las iglesias, sitio que está detrás del coro.

101 *Confesonario*: En las iglesias, recinto aislado dentro del cual se coloca el sacerdote para oír las confesiones sacramentales.

102 *Tarima*: Zona del pavimento o entablado, superior en altura al resto.

103 *Crucero*: Espacio en que se cruzan la nave mayor de una iglesia y la que la atraviesa.

104 *Sacristía*: En una iglesia, lugar donde se revisten los sacerdotes y están guardados los ornamentos y otras cosas pertenecientes al culto.

105 *Trasaltar*: Sitio que en las iglesias está detrás del altar.

106 *Crujía de capillas*: Fila de capillas seguidas.

107 *Ábside*: Parte del templo, abovedada y comúnmente semicircular, que sobresale en la fachada posterior, y donde se instalaban el altar y el presbiterio.

adamado, tenía aires de comisionista francés vestido con traje talar muy pulcro y elegante. El cuerpo bien torneado se lo ceñía, debajo del manteo ampuloso, un roquete¹⁰⁸ que parecía prenda mujeril, sobre la cual ostentaba la muceta ligera, de seda, propia de su beneficio. Este don Custodio era un enemigo doméstico, un beneficiado de la oposición. Creía, o por lo menos propalaba¹⁰⁹ todas las injurias con que se quería derribar al Provisor, y le envidiaba por lo que pudiera haber de cierto en el fondo de tantas calumnias. De Pas le despreciaba; la envidia de aquel pobre clérigo le servía para ver, como en un espejo, los propios méritos. El beneficiado admiraba al Magistral, creía en su porvenir, se le figuraba obispo, cardenal, favorito en la corte, influyente en los ministerios, en los salones, mimado por damas y magnates.¹¹⁰ La envidia del beneficiado soñaba para don Fermín más grandezas que el mismo Magistral veía en sus esperanzas. La mirada de este fue en seguida, rápida y rastrera, al confesonario de que salía el envidioso. Arrodiada junto a una de las celosías¹¹¹ vio una joven pálida con hábito del Carmen.

No era una señorita; debía de ser una doncella de servicio, una costurera, o cosa así, pensó el Magistral. Tenía los ojos cargados de una curiosidad maliciosa más irritada que satisfecha; se santiguó, como si quisiera comerse la señal de la cruz, y se recogió, sentada sobre los pies, a saborear los pormenores de la confesión, sin moverse del sitio, pegada al confesonario lleno todavía del calor y el olor de don Custodio.

El Magistral siguió adelante, dio vuelta al ábside y entró en la sacristía. Era una capilla en forma de cruz latina, grande, fría, con cuatro bóvedas¹¹² altas. A lo largo de todas las paredes estaba la cajonería, de castaño, donde se guardaba ropas y objetos del culto. Encima de los cajones pendían cuadros de pintores adocenados, antiguos los más, y algunas copias no malas de artistas buenos. Entre cuadro y cuadro ostentaban su dorado viejo algunas cornucopias cuya luna reflejaba apenas los objetos, por culpa del polvo y las moscas. En medio de la sacristía ocupaba largo espacio una mesa de mármol negro, del país. Dos monaguillos con ropón encarnado, guardaban casullas¹¹³ y capas pluviales¹¹⁴ en los armarios. El *Palomo*, con una sotana sucia y escotada, cubierta la cabeza con enorme peluca echada hacia el cogote, acababa de barrer en un rincón las inmundicias de cierto gato que, no se sabía cómo, entraba en la catedral y lo profanaba todo. El perrero estaba furioso. Los monaguillos

108 *Roquete*: Especie de sobrepelliz o vestidura blanca de lienzo fino, cerrada y con mangas, que llevan sobre la sotana los eclesiásticos.

109 *Propalar*: Divulgar algo oculto.

110 *Magnate*: Personaje muy ilustre y principal por su cargo y poder.

111 *Celosía*: Enrejado de tablas o listoncillos de madera o de hierro, que se pone en las ventanas de los edificios y otros huecos análogos, en este caso, los huecos de los confesonarios, para que las personas que están en el interior vean sin ser vistas.

112 *Bóveda*: Techo redondeado, obra de fábrica curvada, que sirve para cubrir el espacio comprendido entre dos muros o varios pilares.

113 *Casulla*: Vestidura que se pone el sacerdote sobre las demás para celebrar la misa, consistente en una pieza alargada, con una abertura en el centro para pasar la cabeza.

114 *Capa pluvial*: Capa que llevan los sacerdotes en los actos de culto divino que lleva capillo o escudo en la espalda.

se hacían los distraídos, pero él, sin mirarles, les aludía y amenazaba con terribles castigos hipotéticos, repugnantes para el estómago principalmente. El Magistral siguió adelante fingiendo no parar mientes en estos pormenores groseros, tan extraños a la santidad del culto. Se acercó a un grupo que en el otro extremo de la sacristía cuchicheaba con la voz apagada de la conversación profana que quiere respetar el lugar sagrado. Eran dos señoras y dos caballeros. Los cuatro tenían la cabeza echada hacia atrás. Contemplaban un cuadro. La luz entraba por ventanas estrechas abiertas en la bóveda y a las pinturas llegaba muy torcida y menguada. El cuadro que miraban estaba casi en la sombra y parecía una gran mancha de negro mate. De otro color no se veía más que el frontal de una calavera y el tarso de un pie desnudo y descarnado. Sin embargo, cinco minutos llevaba don Saturnino Bermúdez empleados en explicar el mérito de la pintura a aquellas señoras y al caballero que llenos de fe y con la boca abierta escuchaban al arqueólogo. El Magistral encontraba casi todos los días a don Saturnino en semejante ocupación. En cuanto llegaba un forastero de alguna importancia a Vetusta, se buscaba por un lado o por otro una recomendación para que Bermúdez fuese tan amable que le acompañara a ver las antigüedades de la catedral y otras de la Encimada. Don Saturnino estaba muy ocupado todo el día, pero de tres a cuatro y media siempre le tenían a su disposición cuantas personas decentes, como él decía, quisieran poner a prueba sus conocimientos arqueológicos y su inveterada amabilidad. Porque además del primer anticuario de la provincia, creía ser —y esto era verdad— el hombre más fino y cortés de España. No era clérigo, sino anfibio. En su traje pulcro y negro de los pies a la cabeza se veía algo que Frígilis, personaje darwinista que encontraremos más adelante, llamaba la adaptación a la sotana, la influencia del medio, etc.; es decir, que si don Saturnino fuera tan atrevido que se decidiera a engendrar un Bermúdez, este saldría ya diácono¹¹⁵ por lo menos, según Frígilis. Era el arqueólogo bajo, traía el pelo rapado como cepillo de cerdas negras; procuraba dejar grandes entradas en la frente y se conocía que una calvicie precoz le hubiera lisonjeado no poco. No era viejo: «La edad de Nuestro Señor Jesucristo», decía él, creyendo haber aventurado un chiste respetuoso, pero algo mundano. Como lo de parecer cura no estaba en su intención, sino en las leyes naturales, don Saturno —así le llamaban— después de haber perdido ciertas ilusiones en una aventura sería en que le tomaron por clérigo, se dejaba la barba, de un negro de tinta china, pero la recortaba como el boj de su huerto. Tenía la boca muy grande, y al sonreír con propósito de agradar, los labios iban de oreja a oreja. No se sabe por qué entonces era cuando mejor se conocía que Bermúdez no se quejaba de vicio al quejarse del pícaro estómago, de digestiones difíciles y sobre todo de perpetuos restriñimientos. Era una sonrisa llena de arrugas, que equivalía a una mueca provocada por un dolor intestinal, aquella con que Bermúdez quería pasar por el hombre más *espi-*

115 *Diácono*: Ministro eclesiástico y de grado segundo en dignidad, inmediato al sacerdocio.

ritual de Vetusta, y el más capaz de comprender una pasión profunda y alambicada.¹¹⁶ Pues debe advertirse que sus lecturas serias de cronicones y otros libros viejos alternaban en su ambicioso espíritu con las novelas más finas y psicológicas que se escribían por entonces en París. Lo de parecer clérigo no era sino muy a su pesar. Él se encargaba unas levitas de tricot¹¹⁷ como las de un lechuguino,¹¹⁸ pero el sastre veía con asombro que vestir la prenda don Saturno y quedar convertida en sotana era todo uno. Siempre parecía que iba de luto, aunque no fuera. Sin embargo, pocas veces quitaba la gasa del sombrero porque se tenía por pariente de toda la nobleza vetustense, y en cuanto moría un aristócrata estaba de pésame. Allá, en el fondo de su alma, se creía nacido para el amor, y su pasión por la arqueología era un sentimiento de la clase de sucedáneos. Al ver en las novelas más acreditadas de Francia y de España que los personajes de mejor sociedad sentían sobre poco más o menos las mismas comezones de que él era víctima, ya no vaciló en pensar que lo que le había faltado había sido un escenario. Las muchachas de Vetusta eran incapaces de comprenderle, así como él se confesaba a solas que no se atrevería jamás a acercarse a una joven para decirle cosa mayor en materia de amores.

Tal vez las casadas, algunas por lo menos, podrían entenderle mejor. La primera vez que pensó esto tuvo remordimientos para una semana; pero volvió la idea a presentarse tentadora, y como en las novelas que saboreaba sucedía casi siempre que eran casadas las heroínas, pecadoras sí, pero al fin redimidas por el amor y la mucha fe, vino en averiguar y dar por evidente que se podía querer a una casada y hasta decírselo, si el amor se contenía en los límites del más acendrado idealismo. En efecto, don Saturno se enamoró de una señora casada; pero le sucedió con ella lo mismo que con las solteras; no se atrevió a decírselo. Con los ojos sí se lo daba a entender, y hasta con ciertas parábolas y alegorías que tomaba de la Biblia y otros libros orientales; pero la señora de sus amores no hacía caso de los ojos de don Saturno ni entendía las alegorías ni las parábolas; no hacía más que decir a espaldas de Bermúdez:

—No sé cómo ese don Saturno puede saber tanto: parece un mentecato.¹¹⁹

Esta señora que llamaban en Vetusta la Regenta, porque su marido, ahora jubilado, había sido regente de la Audiencia, nunca supo la ardiente pasión del arqueólogo. Este joven sentimental y amante del saber se cansó de devorar en silencio aquel amor único y procuró ser veleidoso, aturdirse, y esto último poco trabajo le costaba, porque nunca se vio hombre más aturdido que él en cuanto una mujer quería marearle con una o dos miradas. Cuatro años hacía que no perdía baile, ni reunión de confianza, ni teatro, ni paseo, y todavía las damas, cada vez que le veían bailando un rigodón¹²⁰ (no se atrevía con el wals ni con la polka) repetían:

—¡Pero este Bermúdez está desconocido!

116 *Alambicado*: Complicado, rebuscado.

117 *Levita de tricot*: Vestidura masculina de etiqueta, más larga y amplia que el frac, y cuyos faldones llegan a cruzarse por delante. En este caso, hecha de tricot, es decir, de punto.

118 *Lechuguino*: Muchacho imberbe que se mete a galantear aparentando ser hombre hecho.

119 *Mentecato*: Necio, tonto, falto de juicio o entendimiento.

120 *Rigodón*: Danza ligera de origen provenzal que estuvo muy de moda en el siglo XVIII.

¡Todos, todos empeñados en que era un cartujo!¹²¹ Esto le desesperaba. Ciertamente jamás había probado las dulzuras groseras y materiales del amor carnal; pero eso ¿le constaba al público? Ciertamente primero faltaba el sol que don Saturnino a misa de ocho; pero esta devoción, así como el comulgar dos veces al mes, en nada empecía (su estilo) a los títulos de hombre de mundo que él reclamaba. ¡Y si las gentes supieran! ¿Quién era un embozado que de noche, a la hora de las criadas, como dicen en *Vetusta*, salía muy recatadamente por la calle del Rosario, torcía entre las sombras por la de Quintana y de una en otra llegaba a los porches de la plaza del Pan y dejaba la Encimada aventurándose por la Colonia, solitaria a tales horas? Pues era don Saturnino Bermúdez, doctor en teología, en ambos derechos, civil y canónico, licenciado en filosofía y letras y bachiller en ciencias: el autor ni más ni menos, de *Vetusta Romana*, *Vetusta Goda*, *Vetusta Feudal*, *Vetusta Cristiana*, y *Vetusta Transformada*, a tomo por *Vetusta*. Era él, que salía disfrazado de capa y sombrero flexible. No había miedo que en tal guisa le reconociera nadie. ¿Y adónde iba? A luchar con la tentación al aire libre; a cansar la carne con paseos interminables; y un poco también a olfatear el vicio, el crimen pensaba él, crimen en que tenía seguridad de no caer, no tanto por esfuerzos de la virtud como por invencible pujanza del miedo que no le dejaba nunca dar el último y decisivo paso en la carrera del abismo. Al borde llegaba todas las noches, y solía ser una puerta desvencijada, sucia y negra en las sombras de algún callejón inundo. Alguna vez desde el fondo del susodicho abismo le llamaba la tentación; entonces retrocedía el sabio más pronto, ganaba el terreno perdido, volvía a las calles anchas y respiraba con delicia el aire puro; puro como su cuerpo; y para llegar antes a las regiones del ideal que eran su propio ambiente, cantaba la *Casta diva* o *el Spirto gentil* o *el Santo Fuerte*, y pensaba en sus amores de niño o en alguna heroína de sus novelas.

¡Ah, cuánta felicidad había en estas victorias de la virtud! ¡Qué clara y evidente se le presentaba entonces la idea de una Providencia! ¡Algo así debía de ser el éxtasis de los místicos!¹²² Y don Saturno apretando el paso volvía a su casa ebrio de idealismo, mojando los embozos de la capa con las lágrimas que le hacía llorar aquel baño de idealidad, como él decía para sus adentros. Su enternecimiento era eminentemente piadoso, sobre todo en las noches de luna.

Encerrado en su casa, en su despacho, después de cenar, o bien escribía versos a la luz del petróleo o manejaba sus librotres; y por fin se acostaba, satisfecho de sí mismo, contento con la vida, feliz en este mundo calumniado donde, dígame lo que se quiera, aún hay hombres buenos, ánimos fuertes. Esta voluptuosidad ideal del bien obrar, mezclándose a la sensación agradable del calorillo del suave y blando lecho, convertía poco a poco a don Saturno en

121 *Cartujo*: Se dice del religioso de la Orden de la Cartuja, fundada por San Bruno el año 1086. Decir que alguien es un cartujo es decir que es persona taciturna, retraída y, en este contexto, casta.

122 *Los místicos*: Don Saturno probablemente está pensando en los grandes místicos españoles, Santa Teresa y San Juan de la Cruz. El misticismo, supuestamente, es un estado de perfección religiosa que consiste en la unión inefable del alma con Dios. Es, además, una doctrina religiosa y filosófica que enseña la comunicación directa entre los humanos y la divinidad a través de la intuición o el éxtasis.

otro hombre; y entonces era el imaginar aventuras románticas, de amores en París, que era el país de sus ensueños, en cuanto hombre de mundo. Solía volver a sus novelas de la hora de dormirse la imagen de la Regenta, y entablaba con ella, o con otras damas no menos guapas, diálogos muy sabrosos en que ponía el ingenio femenino en lucha con el serio y varonil ingenio suyo; y entre estos dimes y diretes¹²³ en que todo era espiritualismo y, a lo sumo, vagas promesas de futuros favores, le iba entrando el sueño al arqueólogo, y la lógica se hacía disparatada, y hasta el sentido moral se pervertía y se desplomaba la fortaleza de aquel miedo que poco antes salvara al doctor en teología.

A la mañana siguiente don Saturno despertaba malhumorado, con dolor de estómago, llena el alma de pesimismo desesperado y de flato el cuerpo. —¡Memento homo!¹²⁴—decía el infeliz, y se arrojaba del lecho con tedio, procurando una reacción en el espíritu mediante agudos y terribles remordimientos y propósitos de buen obrar, que facilitaba con chorros de agua en la nuca y lavándose con grandes esponjas. Tal vez era la limpieza, esa gran virtud que tanto recomienda Mahoma,¹²⁵ la única que positivamente tenía el ilustre autor de *Vetusta Transformada*. Después de bien lavado iba a misa sin falta, a buscar el hombre nuevo que pide el Evangelio. Poco a poco el hombre nuevo venía; y por vanidad o por fe creía en su regeneración todas las mañanas aquel devoto del Corazón de Jesús. Por eso el espíritu no envejecía: era el estómago, el pícaro estómago el que no hacía caso de la fervorosa contrición del pobre hombre. ¡Y que le dijeran a don Saturno que la materia no es vil y grosera!

Aquel día había recibido antes de comer un billete perfumado de su amiga Obdulia Fandiño, viuda de Pomares. ¡Qué emoción! No quiso abrir el misterioso pliego hasta después de tomar la sopa. ¿Por qué no soñar? ¿Qué era aquello? O. F. decían dos letras enroscadas como culebras en el lema del sobre. —De parte de doña Obdulia, había dicho el criado. Aquella señora, todo Vetusta lo sabía, era una mujer despreocupada, tal vez demasiado; era una original... Entonces... acaso... ¿por qué no?... una cita... Ellos, al fin, se entendían algo, no tanto como algunos maliciaban, pero se entendían... Ella le miraba en la iglesia y suspiraba. Le había dicho una vez que sabía más que el Tostado, elogio que él supo apreciar en todo lo que valía, por haber leído al ilustre hijo de Ávila. En cierta ocasión ella había dejado caer el pañuelo, un pañuelo que olía como aquella carta, y él lo había recogido y al entregárselo se habían tocado los dedos y ella había dicho: —«Gracias, Saturno». Saturno, sin don.

Una noche en la tertulia¹²⁶ de Visitación Olías de Cuervo, Obdulia le había tocado con una rodilla en una pierna. Él no había retirado la pierna ni ella la rodilla; él había tocado con el suyo el pie de la hermosa y ella no lo había retirado... Una cucharada de sopa se le atragantó. Bebió vino y abrió la carta.

Decía así:

123 *Dimes y diretes*: Contestaciones, debates, altercaciones, réplicas entre dos o más personas dentro de una conversación.

124 *Memento homo*: Del latín, recuerda hombre.

125 *Mahoma*: Abu I-Qasim Muhammad ibn 'Abd Allah al-Hashimi al-Quirashi, (562/570/571/572-632), el profeta fundador del Islam.

126 *Tertulia*: Reunión de personas que se juntan habitualmente para conversar o recrearse.

«Saturnillo: usted que es tan bueno ¿querrá hacerme el obsequio de venir a esta su casa a las tres de la tarde? Le espero con...». Hubo que dar vuelta a la hoja.

—Impaciencia —pensó el sabio. Pero decía: «...Le espero con unos amigos de Palomares que quieren visitar la catedral acompañados de una persona inteligente... etc., etc.». Don Saturno se puso colorado como si estuviera en ridículo delante de una asamblea.

—No importa —se dijo— esta visita a la catedral es un pretexto.

Y añadió: —¡Bien sabe Dios que siento la profanación a que se me invita!

Se vistió lo más correctamente que supo, y después de verse en el espejo como un Lovelace¹²⁷ que estudia arqueología en sus ratos de ocio, se fue a casa de doña Obdulia.

Tal era el personaje que explicaba a dos señoras y a un caballero el mérito de un cuadro todo negro, en medio del cual se veía apenas una calavera de color de aceituna y el talón de un pie descarnado. Representaba la pintura a San Pablo primer ermitaño; el pintor era un vetustense del siglo diez y siete, sólo conocido de los especialistas en antigüedades de Vetusta y su provincia. Por eso el cuadro y el pintor eran tan notables para Bermúdez.

El señor de Palomares vestía un gabán de verano muy largo, de color de pasa, y llevaba en la mano derecha un jipijapa¹²⁸ impropio de la estación, pero de cuatro o cinco onzas¹²⁹ —su precio en la Habana— y por esto pensaba que podía usarlo todo el otoño. Se creía el señor Infanzón en el caso de comprender el entusiasmo artístico del sabio mejor que las señoras, quien por su natural ignorancia tenían alguna disculpa si no se pasmaban ante un cuadro que no se veía. Buscó alguna frase oportuna y por de pronto halló esto:

—¡Oh! ¡mucho! ¡evidentemente! ¡conforme!

Después inclinó la cabeza hacia el pecho, como para meditar, pero en realidad de verdad —estilo de Bermúdez— para descansar, con una reacción proporcionada, de la postura incómoda en que el sabio le había tenido un cuarto de hora. Por fin el del jipijapa exclamó:

—Me parece, señor Bermúdez, que ese famosísimo cuadro del ilustre...

—Cenceño.

—Pues; del ilustrísimo Cenceño; luciría más si...

—Si se pudiera ver —interrumpió la esposa del señor Infanzón.

Este fulminó terrible mirada de reprensión conyugal y rectificó diciendo:

—Luciría más... si no estuviera un poquito ahumado... Tal vez la cera... el incienso...

—No señor; ¡qué ahumado! —respondió el sabio, sonriendo de oreja a oreja—. Eso que usted cree obra del humo es la pátina;¹³⁰ precisamente el encanto de los cuadros antiguos.

127 *Lovelace*: Héroe libertino de la novela epistolar *Clarissa* (1748) del escritor inglés Samuel Richardson (1689-1761).

128 *Jipijapa*: Sombrero.

129 *Onza*: Antigua moneda española que valía 320 reales.

130 *Pátina*: Debilitamiento del colorido de las cosas con el tiempo. Se aplica específicamente a las pinturas al óleo.

—¡La pátina! —exclamó el del pueblo convencido—. Sí, es lo más probable. Y se juró, en llegando a Palomares, mirar el diccionario para saber qué era pátina.

En aquel momento el Magistral se acercaba a saludar a don Saturno; reconoció a Obdulia y se inclinó sonriente; pero menos sonriente que al saludar a Bermúdez. Después dobló la cabeza y parte del cuerpo ante los de Palomares que le fueron presentados por el sabio.

—El señor don Fermín de Pas, Magistral y provisor de la diócesis...

—¡Oh! ¡oh! ¡ya! ¡ya! —exclamó Infanzón que hacía mucho admiraba de lejos al señor Magistral. La señora del lugareño manifestó deseos de besar la mano del Provisor, pero la mirada del marido la contuvo otra vez, y no hizo más que doblar las rodillas como si fuera a caerse. El Magistral hablaba en voz alta de modo que sus palabras resonaban en las bóvedas y los demás con el ejemplo se arrimaron también a gritar. Pronto las carcajadas de Obdulia Fandiño, frescas, perladas, como las llamaba don Saturno, llenaron el ambiente, profanado ya con el olor mundano de que había infestado la sacristía desde el momento de entrar. Era el olor del billete, el olor del pañuelo, el olor de Obdulia con que el sabio soñaba algunas veces. Mezclado al de la cera y del incienso le sabía a gloria al anticuario, cuyo ideal era juntar así los olores místicos y los eróticos, mediante una armonía o componenda, que creía él debía de ser en otro mundo mejor la recompensa de los que en la tierra habían sabido resistir toda clase de tentaciones.

Obdulia, que disimulaba mal su aburrimiento mientras se hablaba de cuadros, ojivas,¹³¹ arcos peraltados,¹³² dovelas¹³³ y otras tonterías que no había entendido nunca, se animó con la presencia del Magistral de quien era hija de confesión, por más que él había procurado varias veces entregarla a don Custodio, hambriento de esta clase de presas. Aquella mujer le crispaba los nervios a don Fermín; era un escándalo andando. No había más que notar cómo iba vestida a la catedral. «Estas señoras desacreditan la religión». Obdulia ostentaba una capota¹³⁴ de terciopelo carmesí, debajo de la cual salían abundantes, como cascada de oro, rizos y más rizos de un rubio sucio, metálico, artificial. ¡Ocho días antes el Magistral había visto aquella cabeza a través de las celosías del confesonario completamente negra! La falda del vestido no tenía nada de particular mientras la dama no se movía; era negra, de raso. Pero lo peor de todo era una coraza de seda escarlata que ponía el grito en el cielo. Aquella coraza estaba apretada contra algún armazón (no podía ser menos) que figuraba formas de una mujer exageradamente dotada por la naturaleza de los atributos de su sexo. ¡Qué brazos! ¡qué pecho! ¡y todo parecía que iba a estallar! Todo esto encantaba a don Saturno mientras irritaba al Magistral, que no quería aquellos escándalos en la iglesia. Aquella señora entendía la devoción

131 *Ojiva*: Figura arquitectónica formada por dos arcos que se unen por uno de sus extremos formando punta.

132 *Peraltado*: De peraltar. Levantar la curva de un arco, bóveda o armadura más de lo que corresponde al semicírculo.

133 *Dovela*: Piedra labrada en forma de cuña, para formar arcos o bóvedas.

134 *Capota*: Tocado femenino ceñido a la cabeza y sujeto con cintas por debajo de la barbilla.

de un modo que podría pasar en otras partes, en un gran centro, en Madrid, en París, en Roma; pero en Vetusta no. Confesaba atrocidades en tono confidencial, como podía referírselas en su tocador¹³⁵ a alguna amiga de su estofa. Citaba mucho a su amigo el Patriarca y al campechano obispo de Nauplia; proponía rifas católicas, *organizaba* bailes de caridad, novenas¹³⁶ y jubileos¹³⁷ a puerta cerrada, para las personas decentes... ¡mil absurdos! El Magistral le iba a la mano siempre que podía, pero no podía siempre. Su autoridad, que era absoluta casi, no conseguía sujetar aquel azogue¹³⁸ que se le marchaba por las junturas de los dedos. La doña Obdulita le fatigaba, le mareaba. ¡Y ella que quería seducirle, hacerle suyo como al obispo de Nauplia, aquel prelado tan fino que no se separaba de ella cuando vivieron en el hotel de la Paix, en Madrid, tabique en medio! Las miradas más ardientes, más negras de aquellos ojos negros, grandes y abrasadores eran para De Pas; los adoradores de la viuda lo sabían y le envidiaban. Pero él maldecía de aquel bloqueo.

—«Necia, ¿si creerá que a mí se me conquista como a don Saturno?».

A pesar de esta cordial antipatía, siempre estaba afable y cortés con la viuda, porque en este punto no distinguía entre amigos y enemigos. Era menester que una persona estuviese debajo de sus pies, aplastada, para que don Fermín no usase con ella de formas irreprochables. La urbanidad era un dogma para el Magistral lo mismo que para Bermúdez, pero sacaban de ella muy diferente partido.

Mientras se hablaba de lo mucho bueno que había en la catedral y el lugareño se pasmaba y su señora repetía aquellas admiraciones, Obdulia se miraba como podía, en las altas cornucopias.

El Magistral se despidió. No podía acompañar a aquellas señoras, lo sentía mucho... pero le esperaba la obligación... el coro. Todos se inclinaron.

—Lo primero es lo primero—dijo el de Palomares, aludiendo a la Divinidad y haciendo una genuflexión (no se sabe si ante la Divinidad o ante el Provisor.)

Afortunadamente, según don Fermín, nada les serviría su inutilidad, mientras que Bermúdez era una crónica viva de las antigüedades vetustenses.

Don Saturno estiró las cejas y dio señales de querer besar el suelo; después miró a Obdulia con mirada seria, penetrante, como con una sonda, como diciéndole:

—Ya lo oyes; soy yo, el primer anticuario de Vetusta, según la opinión del mejor teólogo, quien se declara esclavo tuyo. Todo esto quiso decir con los ojos; pero ella no debió de entenderlo, porque se despidió del Magistral dejándole el alma, por conducto de las pupilas, entre los pliegues amplios y rítmicos del manto. De este se despojó don Fermín, después de acercarse a un armario y muy gravemente vistió el ajustado roquete, la señoril muceta y la capa de coro.

135 *Tocador*: Aposento o habitación reservada para el peinado y aseo de una persona.

136 *Novena*: Ejercicio devoto que se practica durante nueve días, por lo común seguidos, con oraciones, lecturas, letanías y otros actos piadosos, dirigidos a Dios, a la Virgen o a los santos.

137 *Jubileo*: Fiesta religiosa muy solemne.

138 *Azogue*: En este contexto, inquieto, escurridizo como el mercurio.

—¡Qué guapo está! —dijo desde lejos Obdulia, mientras los lugareños admiraban con la fe del carbonero otro cuadro que alababa don Saturnino.

Dieron vuelta a toda la sacristía. Cerca de la puerta había algunos cuadros nuevos que eran copias no mal entendidas de pintores célebres. A la Infanzón debieron de agradaarle más que las maravillas de Cenceño, sin duda porque se veían mejor. Pero su prudente esposo, considerando que Bermúdez pasaba con afectado desdén delante de aquellos vivos y flamantes colores, dio un codazo a su mujer para que entendiera que por allí se pasaba sin hacer aspavientos. Entre aquellos cuadros había una copia bastante fiel y muy discretamente comprendida del célebre cuadro de Murillo¹³⁹ *San Juan de Dios*,¹⁴⁰ del Hospital de incurables de Sevilla. A la señora de pueblo le llamó la atención la cabeza del santo, que desde que se ve una vez no se olvida.

—¡Oh, qué hermoso! —exclamó sin poder contenerse.

Miró don Saturno con sonrisa de lástima y dijo:

—Sí, es bonito; pero muy conocido.

Y volvió la espalda a San Juan, que llevaba sobre sus hombros al por-diosero enfermo, entre las tinieblas.

El señor Infanzón dio un pellizco a su mujer; se puso muy colorado y en voz baja la reprendió de esta suerte:

—Siempre has de avergonzarme. ¿No ves que eso no tiene... pátina?

Salieron de la sacristía.

—Por aquí —dijo Bermúdez señalando a la derecha; y atravesaron el crucero no sin escándalo de algunas beatas que interrumpieron sus oraciones para descoser y recortar la coraza de fuego de Obdulia. La falda de raso, que no tenía nada de particular mientras no la movían, era lo más subversivo del traje en cuanto la viuda echaba a andar. Ajustábase de tal modo al cuerpo, que lo que era falda parecía apretado calzón ciñendo esculturales formas, que así mostradas, no convenían a la santidad del lugar.

—Señores, vamos a ver el Panteón de los Reyes —murmuró muy quedo el arqueólogo, que iba ya preparando sendos trocitos de su *Vetusta Goda* y de su *Vetusta Cristiana*. Y en honor de la verdad se ha de decir que un rey se le iba y otro se le venía; esto es, que los mezclaba y confundía, siendo la falda de Obdulia la causa de tales confusiones, porque el sabio no podía menos de admirar aquella atrevidísima invención, nueva en *Vetusta*, mediante la que aparecían ante sus ojos graciosas y significativas curvas que él nunca viera más que en sueños. Con gran pesadumbre comprendía el devoto anticuario que el contraste del lugar sagrado con las insinuaciones talaras¹⁴¹ de la Fandiño, en vez de apagar sus fuegos interiores, era alimento de la combustión que deploraba, como si a una hoguera la echasen petróleo...

Entraron en la capilla del Panteón. Era ancha, oscura, fría, de tosca fá-

139 *Murillo*: Bartolomé Esteban Murillo, (1617-1682), pintor español del Barroco, famoso por sus escenas religiosas.

140 *San Juan de Dios*: Pintura de Bartolomé Esteban Murillo fechada en 1672.

141 *Talar*: Dicho de un traje o de una vestidura que llega hasta los talones. En este caso, «las insinuaciones talaras de Obdulia» viene a significar que Obdulia se insinúa sexualmente, a fuerza de hacer mover y ondular las faldas.

brica, pero de majestuosa e imponente sencillez. El taconeo irrespetuoso de las botas imperiales, color bronce, que enseñaba Obdulia debajo de la falda corta y ajustada; el estrépito de la seda frotando las enaguas; el crujir del almidón de aquellos bajos de nieve y espuma que tal se le antojaban a don Saturno, quien los había visto otras veces; hubieran sido parte a despertar de su sueño de siglos a los reyes allí sepultados, a ser cierto lo que el arqueólogo dijo respecto del descanso eterno de tan respetables señores:

—Aquí descansan desde la octava centuria los señores reyes don..., y pronunció los nombres de seis o siete soberanos con variantes en las vocales, en sentir del lugareño, que siguiendo corrupciones vulgares, decía *ue* en vez de *oi* y otros adefesios.

Estaba el del pueblo profundamente maravillado de la sabiduría y elocuencia de don Saturnino.

Dentro de una cripta cavada en uno de los muros, había un sepulcro de piedra de gran tamaño cubierto de relieves e inscripciones ilegibles. Entre el sepulcro y el muro había estrecho pasadizo, de un pie de ancho y del otro lado, a la misma distancia, una verja de hierro. En la parte interior la obscuridad era absoluta. Del lado de la verja quedaron los lugareños. Bermúdez, y en pos de él Obdulia, se perdieron de vista en el pasadizo sumido en tinieblas. Después de la enumeración de don Saturno, hubo un silencio solemne. El sabio había tosido, iba a hablar.

—Encienda usted un fósforo, señor Infanzón —dijo Obdulia.

—No tengo... aquí. Pero se puede pedir una vela.

—No señor, no hace falta. Yo sé las inscripciones de memoria... y además, no se pueden leer.

—¿Están en latín? —se atrevió a decir la Infanzón.

—No señora, están borradas.

No se hizo la luz.

El arqueólogo habló cerca de un cuarto de hora. Recitó, fingiendo el pícaro que improvisaba, los capítulos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de una de sus *Vetustas* y ya iba a terminar con el epílogo que copiaremos a la letra, cuando Obdulia le interrumpió diciendo:

—¡Dios mío! ¿Habrá aquí ratones? Yo creo sentir...

Y dio un chillido y se agarró a don Saturno que, patrocinado por las tinieblas, se atrevió a coger con sus manos la que le oprimía el hombro; y después de tranquilizar a Obdulia con un apretón enérgico, concluyó de esta suerte:

—Tales fueron los preclaros varones¹⁴² que galardonaron con el alboroque¹⁴³ de ricas preseas,¹⁴⁴ envidiables privilegios y pías fundaciones a esta Santa Iglesia de Vetusta, que les otorgó perenne mansión ultratelerúrica para los mortales despojos; con la majestad de cuyo depósito creció tanto su fama, que presto se vio siendo emporio, y gozó hegemonía, digámoslo así, sobre las

142 *Preclaro varón*: Varón esclarecido, ilustre, famoso y digno de admiración y respeto.

143 *Alboroque*: Regalo.

144 *Presea*: Alhaja, joya.

no menos santas iglesias de Tuy, Dumio, Braga, Iria, Coimbra, Viseo, Lamego, Celeres, Aguas Cálidas *et sic de coeteris*.¹⁴⁵

—¡Amén! —exclamó la lugareña sin poder contenerse; mientras Obdulia felicitaba a Bermúdez con un apretón de manos, en la sombra.

145 *Et sic de coeteris*: Del latín, y así sucesivamente para el resto.